

Lou Carrigan

FLORES PARA LOS CERDOS


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

FLORES PARA LOS CERDOS

Colección LA HUELLA n.° 125
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 218-1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: marzo, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

EL JUICIO (I)

Los miembros del jurado se retiraron a deliberar y, en su sitio de acusado, Richard Dickson los estuvo mirando hasta que desaparecieron por la puerta del fondo a la derecha.

—Esto está ganado —dijo alegremente su abogado.

Richard Dickson volvió la mirada hacia él, y consiguió una leve sonrisa.

—¿Usted cree, señor Grovers?

—Pero, hombre, naturalmente, Dick, muchacho… No puede haber ningún jurado en el mundo que te condene por lo que tú has hecho.

Dick Dickson se quedó unos segundos mirando fijamente a su abogado, el señor Grovers. Un abogado experto, veterano en aquellas lides, y cuyo prestigio estaba más que justificado. Pero a todo acusado le quedan siempre sus dudas, así que Dick Dickson no podía estar tan seguro como estaba el señor Grovers. O como parecía estarlo.

Con un gesto que era, en verdad, amable, pues no tenía motivos para ser brusco con su abogado, Dick Dickson se relajó en su asiento, y luego volvió la cabeza hacia la parte destinada al público. Sí… Habían acudido algunas de las flores a presenciar el juicio contra Richard Dickson. Y, con justicia y agradecimiento, todas las que habían acudido lo habían hecho a favor de él, naturalmente… Sobre todo, Hortense Harrison.

Hortense Harrison, la bellísima muchacha de los cabellos rubio ceniza, y grandes ojos que contemplaban dulcemente a Dick Dickson, era quien con más calor, entusiasmo, e incluso pasión, había defendido todo lo que había hecho el acusado unas semanas atrás.

Y ahora, a juzgar por su radiante y dulce sonrisa, Hortense Harrison, que desde el primer momento destacara de sus compañeras como la flor más grande entre las flores, esperaba con luminosa sonrisa un veredicto que favoreciese a Dick Dickson.

Pero, ciertamente, ni Hortense Harrison, ni el abogado señor Grovers, ni muchísimo menos Dick Dickson, podían tener influencia alguna sobre lo que decidiese el jurado.

* * *

Dentro de la sala donde se habían reunido los miembros del jurado, el presidente de éste, tras esperar que todos ocuparan su asiento, lo hizo él, puso las manos sobre la mesa, y dijo:

—Bueno, señores, aunque en lo que a mí respecta, y supongo que también para ustedes, todo este caso es diáfano, yo creo que antes de tomar una decisión que puede ser…, claro está, decisiva sobre la vida de ese hombre llamado Richard Dickson, nosotros deberíamos… digamos recordar todo lo que durante estos días que ha durado el juicio ha quedado expuesto en la sala. ¿Están ustedes de acuerdo?

—Ni siquiera hace falta —dijo uno de los miembros del jurado —. Por mi parte…

—No, no, perdón, señor Moore; no se trata de que, ahora, exponga cada uno aquí su opinión rápidamente. Creo que todo acusado merece que se estudie con un mínimo de garantía y responsabilidad un asunto que puede significarle la vida o la muerte… O cuando menos, la reclusión para toda la vida. O incluso una pena menor, eso no tiene importancia. Nosotros tenemos que decidir si es inocente de todo o culpable de algo. Y yo insisto en que antes de que lo decidamos, podemos hacer un repaso de todo lo que hemos ido sabiendo a lo largo de estos días. Los que estén conformes con que expongamos todo lo sucedido con Richard Dickson, que levanten el brazo.

Incluso el señor Moore levantó el brazo.

¿Por qué no?

¿Qué podía tener de malo recapitular todo lo sucedido con Richard Dickson? A fin de cuentas, ninguno de los allí reunidos tenía prisa.

—Bueno… —rió otro de los miembros del jurado, ya todos de

acuerdo—. Puesto que a usted parece que le guste mucho dejar las cosas muy claras, creo que debe ser usted mismo quien lo explique todo, señor presidente del jurado. ¿Están de acuerdo todos los demás miembros?

Hubo algunas risitas y, por supuesto, un asentimiento general. El presidente del jurado sonrió a su vez, alzó las manos pidiendo silencio y, tras aclararse la voz, comenzó a exponer resumidamente todo lo que ellos habían estado escuchando durante los días que había durado el juicio contra Richard Dickson…

CAPÍTULO PRIMERO

Al principio, la presencia del americano en el pequeño poblado de Mgoro, al norte del Senegal, a unos pocos kilómetros de la relativamente importante ciudad de Saint Louis, había resultado inquietante, interesante y hasta un poco molesta, por este orden.

Inquietante, porque el americano, que decía llamarse Dick Dickson, tenía una mala uva de espanto; interesante, lógicamente, porque los habitantes de Mgoro, todos de raza negra, jamás habían tenido a un blanco, y además americano, viviendo con ellos como si fuese uno más; y molesta porque, estaba demostrado, lo que más le gustaba al americano era empinar el codo, y entonces todavía había que tener mucho más cuidado con él…

Pero, a la postre, los habitantes de Mgoro se acostumbraron a Dick Dickson, en sólo unas pocas semanas. Resultó que, en sus buenos momentos, hasta resultaba divertido y simpático. Además, tenía mucha inventiva, y eso divertía mucho a los nativos… Por el momento, estaba enseñando a los niños a jugar al béisbol, cantaba con ellos canciones americanas, los llevaba a pescar al cercano río Senegal, les arreglaba las bicicletas, les había enseñado a hacer aviones de cartulina que, pasmo de pasmos, hasta volaban sujetos por un cordel, y cosas así.

Después de aquellas pocas semanas de permanencia en Mgoro, el americano era tolerado con cierta condescendencia afectuosa por parte de los mayores, y adorado por los niños. Para éstos, no significaba absolutamente nada que Dickson fuese blanco, que siempre oliese a *whisky*, que resultase más bien mugriento, y que jamás se afeitase. Para ellos, Richard Dickson era un gigante blanco, rubio, de ojos claros, barbudo, un atleta sólido como una roca, capaz de cualquier proeza física. Lo demás les importaba un higo

chumbo.

Eso sí, los niños sabían mejor que nadie cuándo no había que acercarse a menos de diez metros de Dick Dickson. Entonces, simplemente, permanecían alejados, y aquí no pasa nada, compañero. Al día siguiente, Dick volvía a ser el mismo, y todos tan tranquilos.

Y así habían ido pasando los días.

Y las semanas.

Y durante ese tiempo, las mujeres comprobaron, asombradas, que Dickson era capaz de arreglarles la radio a transistores, y los hombres tuvieron que agradecer los conocimientos del americano en lo referente a motores, pues a más de uno y de cinco les reparó la motocicleta, y al viejo Tuog incluso le reparó una vez el motor del vetusto camión con el que hacía sus viajes «de negocios» de Mgoro a Saint Louis y viceversa.

Así que, en definitiva, el rubio americano de las barbas, la mala uva y la botella de *whisky*, pasó a ser insensiblemente admitido en el poblado, y como ya sabían que si se le dejaba en paz no hacía daño a nadie, pues todos tan campantes.

Dick Dickson había llegado a Mgoro con un buen fajo de billetes americanos, y lo primero que había hecho había sido alquilarle su choza a una de las viejas del poblado. Hubo ciertas dificultades iniciales, porque si la vieja le cedía la choza…, ¿dónde viviría ella? El problema fue resuelto rápidamente a golpe de dólar por Dickson, que instaló a la anciana en otra choza, pagando al propietario de ésta una especie de pensión completa por la vieja que, a decir verdad, jamás lo había pasado tan bien en su arrugada vida. Una vez, uno de los hombres del poblado tuvo el valor de preguntarle a Dickson que qué hacía allí. La respuesta fue tajante y clarísima:

—¿Y a ti qué huevos te importa?

¡Ah, otra cosa en favor de Dick Dickson! Hablaba bastante bien el francés, de modo que allí, en el Senegal, no tenía grandes dificultades de comunicación con sus semejantes.

Lo único que todavía tenía sorprendidos a los habitantes de Mgoro era el sistema de vida de Dick Dickson: durante el día, si no estaba jugando con los niños o pescando, siempre andaba dormitando de un lado a otro. Pero, durante las noches, se sentaba a la puerta de su choza alquilada, se ponía a beber y a fumar, y así

estaba hasta que aparecían las primeras luces del día. Todo un caso raro, el americano, sí, señor.

Pero, para caso raro, el de Mabila Ntor.

Mabila Ntor era una especie de asistenta social, que con frecuencia hacía viajes desde Saint Louis a Mgoro, en un destartalado automóvil «Peugeot» que crujía por todas partes y tenía un claxon que parecía una vieja chicharra. No sonaba
«moc-moc»,
como es de ordenanza que suene un claxon, sino algo así como «morrich-morrich», que, además de ser más estrafalario, resultaba más divertido que el habitual
«moc-moc».

Mabila Ntor era una negra bellísima. Y joven; quizá tendría unos veinte años. Cuando ella llegaba a Mgoro, los hombres dejaban de trabajar, y salían de sus puestos para quedarse mirándola pasmados. Mabila era alta, esbelta, de formas magníficas, espléndidas, vibrantes…

Pese a esto, Dickson parecía que jamás la veía; simplemente, cuando por el camino sonaba el «morrich-morrich», él se alejaba de los niños, selva adentro, lo cual era más digno, sin duda, que esperar a que los niños le dejasen sólo para acudir corriendo al encuentro de la bellísima Mabila, que siempre les traía cosas.

Hasta aquella mañana, ya días atrás… Aquella mañana, al oír el «morrich-morrich», Dickson se había despedido de los niños con un gesto, como siempre, y se alejó hacia la espesura. Tenía un lugar favorito, entre un grupo de altos árboles que formaban un tupido techo que el sol no podía penetrar, excepto por un punto; por allí, un rayo de sol dorado parecía el foco de un teatro de variedades, formando en el suelo lleno de hojarasca un círculo luminoso, que destacaba muchísimo, lógicamente, en el umbrío lugar.

Y allí se instaló Dick Dickson, en el círculo de sol, rodeado de oscuridad y de silencio…, hasta que el silencio fue roto por algo, por un rumor… Dick tardó sólo un par de segundos en comprender que era una persona que se acercaba, caminando sobre la hojarasca, y frunció el ceño. ¿Quién era el insensato que se atrevía a molestarlo en su retiro de soledad?

Permaneció quieto, tumbado, cara al sol, con los ojos cerrados, oyendo cada vez más cerca las pisadas. Por fin, éstas cesaron, a un

lado de Dickson, y éste alzó un párpado, mostrando una pupila con expresión colérica.

Se quedó así unos segundos. Luego, alzó el otro párpado, y así pudo ver relativamente mejor a Mabila Ntor. Efectivamente, ella estaba a su lado, erguida, altísima. Desde su cómoda posición, Dick pudo ver las piernas de la muchacha, de abajo a arriba, en toda su extensión y longitud. Más arriba, la forma de los senos de ella se proyectaba altivamente. Y por fin, el rostro, inclinado hacia abajo…

Bien sabido es que cuando una mujer de raza negra sale guapa, la cosa resulta impresionante. Y Mabila había salido impresionantísima. Tenía los labios sólo un poquito gordezuelos, y el cabello ligerísimamente rizado, pero por lo demás sus rasgos eran suaves, delicados, de formas exquisitas. Su cuello era largo, esbelto, hermoso; sus orejas, pequeñas; su nariz, recta y fina… En cuanto a los ojos de Mabila Ntor, de un color castaño dorado, parecían recoger, en aquel momento, todo el círculo de luz solar en el que yacía Dick Dickson.

—Creo que tengo una avería en el coche —dijo ella.

Dickson se sentó, la miró de arriba a abajo, y luego se puso en pie. Mabila llevaba un vestido de falda corta y amplia, y que en la parte superior llevaba la tela justa, sujeta a los hombros por unos finos tirantitos, para ocultar lo preceptivo, esto es, la parte más comprometedora del tórax. La tela era de color azul pálido, y parecía fundirse suavemente con la piel casi dorada de la muchacha.

Impresionante era poco.

Pero Dick Dickson no pareció impresionarse ni poco ni mucho. Acabó por fruncir el ceño, metió las manos en los bolsillos del mugriento pantalón que alguna vez había sido blanco, y echó a andar de regreso al poblado. Mabila fue tras él y, así, llegaron a Mgoro, uno tras otro, separados por cuatro o cinco pasos. El viejo «Peugeot» estaba en un lado de la plaza circular rodeada de chozas, y en él se amontonaban los niños, gritando alegremente, siempre jugando. Cuando vieron aparecer a Dickson, se apresuraron a despejar el campo, tan rápidamente, que cuando el norteamericano llegó junto al vehículo, nadie había cerca.

Excepto Mabila, que dijo:

—No sé cómo he podido llegar… De cuando en cuando, el motor

hacía ruidos raros, se paraba un instante y volvía a funcionar… Me ha parecido que sería mejor echarle un vistazo ahora, para evitar quedarme en la carretera de regreso a Saint Louis. Y me han dicho que usted lo puede arreglar.

Dick Dickson dejó de mirar fijamente los luminosos ojos castaño dorados de Mabila Ntor, se metió en el coche y movió la llave del contacto. El motor se puso en marcha, pero, en efecto, de un modo raro, sincopado. Dickson frunció el ceño, miró a la expectante Mabila, se apeó y alzó el capó del motor. Estuvo mirando por allí, con las manos en los bolsillos, como si tal cosa. Pasados unos segundos, paró el motor, se colocó ante éste, mostró dos dedotes en forma de pinza, se inclinó tocó algo y volvió a sentarse ante el volante, para dar el encendido de nuevo.

El motor volvió a ponerse en marcha, y esta vez con toda suavidad, sin temblequeos, ni sonidos raros, ni fallos. Dickson se apeó y miró a Mabila, que le contemplaba fijamente, muy abiertos los bellísimos ojos, que, de pronto, abatió, mirando hacia el suelo.

—Gracias —murmuró.

—Si vuelves a molestarme con tonterías o trucos estúpidos, te daré una zurra en el culito, negra boba… —masculló Dick Dickson —. ¿Está claro?

—Sí —musitó ella.

—Pues ya sabes.

Dickson volvió a meterse las manos en el bolsillo, y se alejó, hacia su choza, que era de las más alejadas de la plaza. Salió con la caña de pescar, y poco después había desaparecido. Al cabo de un rato, se dedicaba cansinamente a la pesca, en otro plácido y romántico lugar. Apenas había transcurrido media hora cuando oyó las pisadas tras él.

Volvió la cabeza, y se quedó mirando a Mabila Ntor hasta que ésta se detuvo a su lado.

La muchacha sonrió tímidamente.

—Hace mucho calor… —dijo—. Y he pensado que sería agradable tomar un baño.

—Ve más río abajo —gruñó Dickson—; aquí me espantarías la pesca.

—Sí… Claro.

Mabila se fue más río abajo. Unos veinte metros. Allí, se quitó el

vestidito, los pantaloncitos y los sujetadores, y se acercó a la orilla. Cuando miró hacia Dick Dickson, éste tenía la cabeza vuelta hacia ella, y eso era todo. La negrita se zambulló en el agua, estuvo retozando unos minutos, y luego comenzó a nadar contra la corriente, río arriba. Poco después, salía del agua justo delante de Richard Dickson. A la luz del sol, su resplandeciente cuerpo parecía una bellísima estatua llena de gotas de cristal.

—¡Qué baño tan agradable! —dijo Mabila, pasándose las manos por el cuerpo para sacudir las gotitas de agua.

Dick Dickson miró hacia donde se hundía el sedal, volvió a mirar a la negrita, y masculló:

—Te la estás ganando, nena.

Mabila Ntor se mordió los labios, vaciló, y de pronto echó a correr hacia donde había dejado sus ropas. Cuando Dick volvió a mirar hacia allá, Mabila había desaparecido.

Volvió a verla hacia las seis de la tarde, cuando regresó al poblado cargado con unos cuantos peces. Lo primero que vio fue el coche, todavía en la plaza, distante unos ciento cincuenta metros de su choza. Se quedó mirándolo, fruncido el ceño; por fin, movió la cabeza con un gesto como resignado, y entró en la choza.

Mabila estaba allí, sentada sobre la piel de cabra, con las piernas cruzadas. Se había quitado el vestido, que estaba sobre dos maletas colocadas verticalmente muy cerca de ella. Desde luego, hacía calor, había que admitirlo.

—Puedes pegarme, si quieres —musitó la muchacha—, pero no me iré. Ya sé que te has dado cuenta del truco del coche, y de mi provocación en el río… Así que ya sabes lo que quiero.

Dickson dejó el pescado sobre la losa donde lo cocía, se lavó las manos en un cubo con agua no demasiado limpia, encendió un cigarrillo y fue a sentarse delante de Mabila Ntor.

—Debes estar loca —dijo.

—Nadie te querrá nunca como yo —musitó ella.

Richard Dickson parpadeó. Luego, se quedó mirando fijamente a Mabila, sin dejar de fumar. Hasta que ella, lentamente, tendió su mano derecha hacia él. Entonces, Dickson miró aquella mano, de dedos largos, finos, delicados. No era, en modo alguno, la mano de una nativa que vive en la selva, sino una mano cuidada. Sabía ya perfectamente que Mabila era una muchacha de ciudad, cultivada…

Sí, seguramente era bastante culta, él sabía distinguir estas cosas. Y era muy hermosa. De su cuerpo parecía desprenderse un suave calor especial, como aromático.

Por fin, tras apagar el cigarrillo contra el suelo, Dick Dickson alargó también su mano, y tomó la de Mabila, que era fina, fresca y tierna. Cuando miró los ojos de la muchacha, le pareció que había en ellos tanta luz que el interior de la choza parecía talmente aquel círculo de luz solar entre los altísimos árboles.

CAPÍTULO II

—¿Cuándo te irás? —preguntó Dickson.

Mabila se colocó de costado sobre la piel de cabra, y se abrazó a él.

—Solamente llevo aquí cinco días… —musitó—. ¿Ya estás cansado de mí?

—No —susurró Dick.

Mabila se abrazó con más fuerza a él, y lo besó en los labios. Dick Dickson deslizó sus manos por la fina espalda, que parecía de seda. Desde la plaza, y desde algunas cabañas cercanas, llegaban los últimos rumores del día…, incluida la música de alguno de aquellos transistores que él solía reparar. Sí, señor, el mundo es igual en todas partes, ya estaba convencido de ello…

—Pienso yo —susurró Dick, cuando Mabila apartó sus labios— que quizá te estén esperando en Saint Louis.

—No. Mi vida está aquí, contigo.

—¿Por qué?

—Porque te amo… ¡Qué cosas más tontas preguntas, Dick!

—Todo esto es una tontería… Tú estuviste estudiando en París y, conociendo aquello, volviste al Senegal para quedarte aquí. Ésa fue tu primera tontería, que yo sepa. La segunda, y más grande todavía, la has cometido conmigo: eres maestra en Saint Louis, debes tener amigos allí, una buena vida… Es absurdo que permanezcas aquí, con un borracho que…

Mabila volvió a besarle. Sí, su cuerpo tenía un calor especial, como aromático.

Veinte minutos más tarde, Dick Dickson se apartó de ella, se puso en pie y salió de la choza. Como todas las noches, se sentó junto al hueco de la entrada, apoyando la espalda en la pared, con

una botella de *whisky* en la mano. Mabila salió pocos segundos después, tras ponerse el vestido, y se sentó a su lado. El gigante rubio volvió la cabeza.

—Sería mejor que te quedases dentro durmiendo —dijo.

—Ya me he acostumbrado a este ritmo de vida.

—¿Y te gusta?

—Es tu ritmo de vida —rió, dulcemente, ella—; por lo tanto, es también el mío.

Dick movió la cabeza, y quedó silencioso. Mabila había notado ya que se pasaba la noche como queriendo escuchar algo; algo especial, que quizá solamente él podría oír. A medida que transcurrían los minutos, todo iba quedando en silencio. De cuando en cuando, desde la espesura, llegaba un rumor de vida, una voz animal. Todas las noches, pasaban dos aviones por encima de ellos. Dickson alzaba la cabeza, y miraba fijamente aquellas luces que se encendían y apagaban; una roja, otra verde. Estaba mirándolas hasta que desaparecían entre las estrellas, y luego todavía continuaba atento, casi tenso, escuchando el rumor del avión, que se iba disolviendo poco a poco en la distancia…

Aquella noche sucedió algo diferente.

El rumor del avión no se fue perdiendo en la distancia, sino que cesó de pronto, después de haberse oído con más fuerza que las noches anteriores, debido a que el avión volaba más bajo.

—¡Qué extraño! —exclamó Mabila, mirando a Dick—. Parece como si…

Se calló de pronto, impresionada, al ver el gesto de él. Tenía los labios fuertemente apretados, los párpados como encogidos, las cejas juntas, tenso el cuello… Sus ojos llenos de puntitos de luz de estrellas parecían haberse enfriado, congelado.

—Dick… ¿Qué pasa? —preguntó Mabila, inquieta.

—Ve a buscar tu coche.

—¿El coche? Pero…

—Haz lo que te digo.

Ella asintió, se puso en pie y fue hacia donde dejaba el coche, más cerca del poblado. Cuando regresó con el vehículo, Richard Dickson la estaba esperando delante de la choza; se sentó rápidamente junto a ella y señaló hacia delante con la mano izquierda.

—Vamos hacia allí.

En la mano derecha sostenía un rifle, que había cruzado ante el pecho.

—¿Qué…, qué pasa? ¿De dónde has sacado ese rifle…?

—Lo tenía escondido. ¿Sabes dónde está el gran llano? Me refiero al que hay al otro lado del afluente del Senegal en el que yo estaba pescando cuando viniste tú a provocarme, hace unos días… Está a un par de kilómetros de aquel lugar. ¿Sabes ir allí? —No… No, Dick, lo siento. Además, no hay caminos que…

—Frena. Yo conduciré.

—Pero si no hay caminos…

—Llevo varias semanas estudiando estos lugares, y sé que… podremos llegar allí.

Dickson salió del coche, y ella se pasó a su asiento; él ocupó el puesto ante el volante, y la marcha continuó. Dick había apagado todas las luces del coche, de modo que, al principio, Mabila viajó un poco asustada. Pero pronto sus ojos tuvieron suficiente, como los de Dick, con la luz de las estrellas y de la luna menguante. Llegaron en seguida al lugar donde él acostumbraba ir a pescar, pero Dick continuó algo más arriba, y por allí cruzó el afluente del Senegal sin ningún problema, salvo algunas sacudidas del coche al pasar sobre cantos rodados. Pasaron al otro lado, y continuaron. Primero había una gran cantidad de altos árboles, pero luego, apenas recorrido un kilómetro, apareció el llano, un enorme calvero salpicado de algunos árboles y arbustos, que parecían grotescas figuras a la espectral luz nocturna.

—No había estado nunca por aquí —murmuró Mabila.

—Es natural. Tú solo vienes a Mgoro a ver a tus amiguitos, y no se te ha perdido nada por estos lugares.

Mabila tardó tres o cuatro segundos en preguntar:

—¿Y a ti qué se te ha perdido?

—Un avión —masculló Dickson.

—¿Un…?

El señaló hacia delante.

—Ese avión que ha pasado hace poco por encima nuestro, no ha seguido hacia Dakar, como todos los de las otras noches, sino que ha aterrizado muy cerca de aquí. Mejor dicho, tiene que haber aterrizado aquí, en este lugar; me he asegurado bien de que no hay

otro. ¿No te has dado cuenta de que volaba muy bajo, y luego de que has dejado de oír los motores?

—Sí… Sí, pero…

—Sé que ha aterrizado. Pero debería estar ante nuestros ojos, en ese llano…, y no lo veo. ¿Lo ves tú?

—No. Claro que no, Dick. Yo creo…, creo que estás equivocado, y que ese avión está todavía volando hacia Dakar.

—No. Estoy seguro de que ha aterrizado.

—Pero… ¿por qué habría de aterrizar aquí un avión? ¿Para qué?

—Puede ser por dos motivos. Uno: que éste sea su punto de destino. Dos: que vaya a repostar combustible.

—¡Eso no es posible! ¡No hay ningún motivo por el que un avión de pasajeros tenga que aterrizar aquí! ¡Ni hay dónde repostar combustible! Dick, ¡casi estamos en plena selva!

—Sí… Sería absurdo que éste fuese el final del viaje. Por lo tanto, han aterrizado para repostar.

—Pero si no hay…

—¿No hay combustible aquí? Bueno, pero pueden traerlo, ¿no te parece?

Mabila quedó un instante boquiabierta. De pronto, sonrió.

—¡Debes estar gastándome una broma! —exclamó.

Dick ni siquiera contestó. Había detenido el coche, y miraba con suma atención hacia el enorme calvero, en especial hacia los bordes. Estaba seguro de que, por fin, un avión había tomado tierra allí, por supuesto clandestinamente. Sabía que el avión había aterrizado, pero… ¿dónde estaba? La solución sólo podía ser una: que estuviese camuflado, ya fuese en el centro del calvero, o que hubiese llegado rodando hacia cualquier punto del límite de éste, para ser introducido entre los árboles, por algún lugar adecuado, por supuesto preparado con anterioridad, ya conocido, ya utilizado en otras ocasiones.

En cuanto al combustible para repostar, si es que esto era así, sólo podía llegar por un sitio… Sí, tenía muy bien estudiado aquel terreno, y sabía que sólo había un sitio por el que pudiese llegar un vehículo grande procedente de Saint Louis.

Puso de nuevo el coche en marcha, y condujo hacia aquel lugar precisamente. El vehículo rebotaba de tal modo que Mabila iba de un lado a otro, como una muñequita, pese a que se sujetaba con

fuerza allá donde podía. Pero ni una sola vez protestó, ni se quejó cuando en varias ocasiones se golpeó contra la portezuela.

El calvero fue quedando atrás y a la derecha. Y de pronto, para sorpresa de Mabila, el coche comenzó a rodar con mucha más estabilidad, más suavemente. No estaban en una carretera, desde luego, pero el terreno había cambiado. Dickson detuvo de nuevo el coche.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mabila.

—Todavía en África.

—¡Oh, Dick, te estás burlando de…!

Dick Dickson se había apeado del coche, rápidamente. La muchacha le imitó, y fue tras él, que se alejaba. Cuando él se detuvo de nuevo, Mabila pudo ver el ancho camino natural que apuntaba hacia la costa, esto es, hacia Saint Louis. Dickson se pasó una mano, fuertemente, por la boca. Su mirada estaba fija en la dirección del camino; es decir, del terreno que en aquella parte podía permitir la circulación de unos vehículos lo bastante sólidos.

—La madre que los abortó… —masculló el americano—. ¡Tantos días esperando, y ahora no sé qué han hecho, ni qué tengo que hacer yo!

—Pero… ¿qué es lo que pasa, Dick?

El la miró, farfulló algo, sacó la botella de *whisky*, y bebió un buen trago. El silencio era total ahora. Y nacía un ligero fresco que a medida que avanzase la noche se iría haciendo más y más molesto.

—¿Quieres un trago? —ofreció la botella a Mabila.

—Ya sabes que no…, si no has de enfadarte.

Dick encogió los hombros, y guardó la botella. Volvió a pasarse las manos por la cara, con fuerza… Realmente, tampoco era cuestión de ponerse a buscar un avión por aquellos lugares, pues podrían verlo desde el aparato.

Si es que estaba allí, porque, a fin de cuentas, un avión no es algo que resulte fácil de esconder. Y tenía que ser un avión grande… Lo bastante grande y con suficiente autonomía como para cruzar el Atlántico. A menos que también tuviese otro sitio donde repostar… No. Tenía que ser un aparato grande, capaz de cruzar de un solo salto el Atlántico, sin la menor duda. ¿Y dónde demonios podía estar un avión así de grande?

Mabila se abrazó a su cintura, y se quedó así, tan ricamente, sin más comentarios. Durante unos minutos, los dos permanecieron en silencio. Si tenía que llegar algún camión-cisterna con combustible, no podía hacerlo por otro sitio. Y si no llegaba ningún camión, significaría, simplemente, que el avión había llegado a su destino definitivo… Pero, de un modo u otro, necesitaría, más pronto o más tarde, combustible para marcharse de allí…

El fresco se iba notando más y más intensamente. Mabila tenía la piel de gallina, y se apretaba contra el cuerpo de Dick Dickson, en silencio.

—Será mejor que entres en el coche —dijo él, de pronto—. No tienes por qué estar pasando frío aquí.

—Tú tampoco. Así que si tú te quedas, yo también. —Eso es una tontería—. Sí, lo sé.

A lo lejos, de pronto, algo brilló en la línea del horizonte. No una estrella, ni una luz…

Fue un reflejo vivo y breve, que apareció y desapareció. Cinco o seis segundos más tarde, Dick Dickson volvió a verlo. Sabía ya lo que era: la luz de la luna reflejándose en el parabrisas de un vehículo. Muy poco después, comenzó a oír el zumbido de un potente motor… Finalmente, apareció la mole del gran vehículo, acercándose.

—Entonces, es cierto… —musitó Mabila.

—Ve al coche, y cuando el camión esté cerca, haz señales con las luces.

—¿Qué señales?

—Da lo mismo: pones las luces cortas, luego las largas, las cortas de nuevo… Lo que tú quieras. ¡Date prisa!

Mabila echó a correr hacia el coche, mientras Dickson se dirigía en dirección hacia el camión-cisterna, cuya mole se divisaba ya perfectamente, bamboleándose. La marcha era muy lenta, muy cuidadosa, muy prudente, lógicamente: en aquel vehículo debían viajar varias toneladas de combustible, y no era cosa de correr el riesgo de volcar, o sufrir cualquier otro percance… ¡Estupenda idea, un percance…!

Dick se colocó de bruces en el suelo, tras calcular la trayectoria que seguiría el camión, siempre la más cómoda dentro de aquella franja de terreno, por supuesto. Desde el coche comenzaron a brotar

las señales de luz; las luces largas incluso iluminaron el enorme vehículo, que se detuvo a los pocos segundos. Desde el coche, Mabila seguía haciendo señales que nada significaban, pero que debían tener no poco desconcertados a los hombres que viajasen en el camión-cisterna…, al cual se iba acercando Dick Dickson, rodeándolo.

Del camión brotaban también ahora unas señales; o mejor dicho, habían encendido las luces largas, atrapando de lleno en su radio de iluminación el coche de Mabila. Dickson pudo ver a la muchacha perfectamente, alzando un brazo para protegerse los ojos.

Para entonces, estaba junto a la escalerilla metálica que llevaba a la cabina del camión. Subió por ella, se agarró a la manilla de la portezuela, la abrió, y quedó sosteniéndose entre ella y el último travesaño metálico subido. Con la mano derecha sujetaba fácilmente el rifle, como si fuese una pistola. En la cabina, el conductor tenía el rostro vuelto hacia Dickson, que podía ver su expresión de sorpresa. A la derecha del conductor, otro hombre, que se inclinaba hacia delante, para ver qué ocurría con la portezuela que tanto había sorprendido a su compañero.

—Pongan las manos sobre la cabeza, y bajen del camión —ordenó secamente Dick—. Los dos por este lado, despacio, y sin querer ser más listos que yo. No creo que lo sean.

—Pero… ¿qué demonios…? —empezó a reaccionar por fin el conductor.

—¡Cállese! Y hagan los dos lo que les digo, o les…

Dentro de la cabina, el hombre que viajaba junto al conductor se jugó estúpidamente la vida… Y perdió. Mientras que el conductor comenzaba a mover las manos hacia su cabeza, el otro movió la derecha hacia el pecho, y la introdujo bajo la cazadora. Todavía tuvo tiempo de sacar, a medias, la pistola… Sólo eso: Dick Dickson disparó, siempre sujetando el rifle con una sola mano y sosteniéndose con la otra no precisamente en fácil equilibrio. Pero la bala fue directa al pecho del hombre, que lanzó un bramido y fue lanzado hacia el otro lado de la cabina, que retumbó fuertemente por el estampido del disparo.

Y aún estaba resonando éste, cuando la boca del rifle se había hundido en la garganta del conductor del camión, bajo la barbilla…

—¡Dick! —Se oyó el grito de Mabila—. ¡Dick, Dick…!

Dickson pareció no oírla. Su mirada permanecía fija en el conductor, cuyo rostro se veía ahora blanco como leche, y cuyas manos, bien visibles, estaban sobre la cabeza.

—¡Salte! —Gruñó Dick.

El hombre obedeció, en el breve espacio de tiempo en que Dick Dickson quedaba prácticamente colgando de la portezuela con la mano izquierda; cayó al suelo casi al mismo tiempo que el chófer, y le dio con la punta del rifle en el estómago, suavemente.

—Vuélvase.

—¡Dick! —Llegó corriendo Mabila—. ¡Oh, Dick, he…!

—¡Cállate de una vez! —vociferó Dickson.

Mabila quedó muda. El conductor del camión había dado la vuelta, obedeciendo a Dick, el cual le quitó la pistola, se la guardó en un bolsillo, y dijo:

—Baje las manos…, ¡pero sin volverse!

El hombre obedeció, tranquilizado. Y entonces, Dickson acabó de tranquilizarlo, por el expeditivo procedimiento de golpearle en la cabeza con el cañón del rifle. El hombre emitió un gemido, y se desplomó de bruces, hacia delante, quedando con los pies hacia Richard Dickson.

El cual se volvió a mirar a Mabila, que le contemplaba con los ojos muy abiertos. El americano soltó un gruñido, y fue hacia el camión, se subió a la cabina, y desde allí, por la otra portezuela y sin miramiento alguno echó fuera el cadáver del otro hombre, saltó detrás, lo asió por un pie, y fue a reunirlo con el chófer.

—Ve a ver si hay salpicaduras de sangre en la cabina del camión, y límpialas bien.

—Sí.

Mabila se alejó, contemplada un instante hoscamente por Dickson. La muchacha iba a ser una complicación. Cierto que el coche de ella le había servido para llegar antes al lugar, pero, a fin de cuentas, eso ya lo había tenido previsto, y total, por unos minutos de comodidad, se había complicado la vida.

Encogió los hombros, y se acuclilló. Registró a los dos hombres, quitándoles todo lo que llevaban encima. Poco después, tenía en su poder las dos pistolas, las documentaciones de ambos, dinero, cigarrillos… Lo puso todo en uno de los pañuelos requisados, y se acercó al camión. Mabila estaba dentro, limpiando el parabrisas.

Dickson se sentó ante el volante, encendió la luz de la cabina, y dedicó un par de minutos a examinar las documentaciones.

El chófer se llamaba Guy Debré, francés; el otro era alemán, y se llamaba…, se había llamado Marius Stolz. Detrás del asiento corrido del camión había un estrecho departamento con una litera, bajo cuya colchoneta escondió Dick todo lo requisado, incluidas las pistolas… Pero lo pensó mejor, se quedó con una de ellas, y escondió el rifle.

Encontró una larga cuerda de plástico verde, grasienta. Con ella en la mano, saltó del camión, y fue adonde yacían los dos hombres. Con la cuerda, ató concienzudamente a Guy Debré, dejándolo convertido en un fardo; lo amordazó utilizando trapos manchados de grasa que introdujo en su boca y sujetándolos con el cinturón del propio Debré, cuyos cabellos se habían convertido en una masa apelmazada, debido a la sangre…

—Ya lo he limpiado todo.

Alzó la cabeza, y vio la hermosa silueta de Mabila ante él.

—Está bien. Haz lo mismo que yo.

Se incorporó, agarró de nuevo a Stolz por un pie, y comenzó a arrastrarlo. Mabila hizo lo mismo con Debré, aunque con cierta dificultad, por lo que Dickson la ayudó con la mano libre. Los dos hombres fueron llevados así a unos doscientos metros, hasta unos arbustos polvorientos, y metidos dentro. Para más seguridad todavía, Dick utilizó un extremo de la cuerda para fijar a Debré a los arbustos. Se aseguró de que todo estaba a su gusto, asió a Mabila por un brazo, y emprendieron el regreso hacia el camión.

—Ahora, vas a regresar a Mgoro, te acostarás, y aquí no ha pasado nada. Si por la mañana alguien te pregunta por mí, dices que salí muy temprano a pescar, o algo que te parezca convincente. Ya sé que he matado a un hombre, y que esto debe parecerte brutal, pero tienes que hacer lo que te digo, Mabila.

—¿No vas a decirme lo que ocurre?

—No. Quizá más adelante…, si es que puedo volver a tu lado.

—¿Adónde piensas ir, ahora?

—No te importa. Pero si dentro de quince días como máximo, no he vuelto, avisas a la policía senegalesa, y les dices que estén al tanto de la llegada de un avión a este mismo lugar dentro de unas cuantas semanas. O quizá llegue otro avión muy pronto… Que lo

detengan, que investiguen todo el asunto.

—¿Qué asunto?

—¡Deja de hacer preguntas! Sólo obedéceme. ¿Está claro?

—Sí, Dick.

Dickson asintió. Llegaron junto al camión, se detuvieron, y él señaló el coche de ella.

—Vuelve al poblado.

Mabila Ntor estuvo unos segundos mirando fijamente a Dick Dickson. Luego, se colgó de su cuello, y lo besó. Fue un beso larguísimo, y seguramente aún lo habría sido más si Dickson no la hubiese apartado, casi rudamente.

—¡Adiós! —Gruñó.

Subió a la cabina del camión. Mabila se apartó, y Dickson dejó de interesarse por ella. Estaba contemplando los indicadores del salpicadero. No dedicó a ello más de medio minuto. Dio el encendido, puso la primera marcha, y el camión comenzó a moverse… Segundos después, pasaba ante el coche de Mabila, oscilando sobre el terreno levemente desigual.

Sí, señor: lo del percance había sido una gran idea.

CAPÍTULO III

—Me gustaría saber qué demonios pasa hoy —dijo Wendell Simpson—; ni llega el camión, ni llegan ellas. Esto no me gusta nada.

—Tranquilízate —dijo Conrad Levine.

—Eso, tranquilízate… —Apoyó Jerry McKinnon—. Y pásame la botella.

Simpson tendió la botella de *whisky* a McKinnon, y miró aún con más intensidad hacia el calvero, como si con sus deseos pudiese conseguir la aparición del camión.

Estaban los tres en tierra firme, junto al avión, metido éste en el lugar ciertamente preparado desde tiempo antes. Tomaban tierra en el calvero, y seguían, rodando sobre el fuerte tren de aterrizaje, hasta meterse entre los árboles, en el hueco habilitado para esta maniobra. Un hueco lo bastante grande para permanecer oculto, y para virar luego a fin de enfilar la pista natural del calvero desde un extremo, con lo que podían despegar con relativa facilidad. Al menos, Wendell Simpson lo conseguía siempre. Era un piloto veterano, todo un experto, y por eso había sido contratado. Y con un sueldo que había dejado de lado todas sus precauciones y todos sus escrúpulos.

Lo mismo que Jerry McKinnon y Conrad Levine, sólo que éstos no estaban capacitados para pilotar aquel aparato, ni mucho menos. Por eso, Wendell Simpson cobraba más que ellos, y, automáticamente, era siempre el jefe de todas las expediciones.

—Voy a echar un vistazo al ganado —dijo McKinnon.

Los otros dos soltaron un gruñido, y continuaron mirando hacia el calvero, hacia el otro extremo. McKinnon colocó la escalera, hecha con tubos metálicos, hasta la entrada del avión, a unos tres

metros de altura. La escalera estaba siempre en el avión, y había que montarla cuando se acercaban a destino; es decir, a puntos intermedios; era muy ligera, fácil de montar, de manejar, y de desmontar. Todo estaba estudiado, todo previsto.

McKinnon subió, sonriendo. Arriba, estaba esperando la doctora Parsons. Por fortuna, todas las luces del avión estaban apagadas, y así, McKinnon se ahorraba ver la cara de la doctora Parsons. Pero, de todos modos, la recordaba muy bien de memoria, así que frunció el ceño. No es que Amy Parsons fuese fea, no… Al contrario, era bellísima. Pero de una belleza glacial; sus facciones parecían de hielo, su boca jamás mostraba una sonrisa, no había en ella un solo detalle… cálido que pudiese hacer concebir a un hombre sueños de noches de amor. Era una lástima, porque la doctora tenía un cuerpo precioso, apto para todo lo imaginable. Pero…

—¿Qué pasa? —Oyó su voz—. ¿Por qué no vienen ellas, ni el camión cisterna?

—Ya vendrán. ¿Cómo están las ovejitas?

—Bien. Normal.

McKinnon asintió, y fue a la parte destinada a los pasajeros. Casi todos los asientos estaban ocupados, es decir, que debían viajar allí unas sesenta personas. Por las ventanillas de babor entraba un pálido, lívido resplandor lejano de luz lunar, que hacía destacar los rostros y los ojos de los pasajeros… De las pasajeras, porque todo el pasaje estaba compuesto por mujeres. Las cuales contemplaban a McKinnon, que sonreía.

—Tranquilas, ovejitas —dijo, amablemente—. Dentro de poco proseguiremos nuestro crucero de placer, y llegaremos al fin del viaje antes del amanecer.

En alguna parte se oyó un sollozo. McKinnon se orientó hacia allí, y fue a sentarse junto a la mujer que había sollozado. Estaba sola en un asiento doble, encogida, temblorosa. McKinnon podía ver bastante bien su rostro, así que la identificó: era la pequeña Rosie… Quince preciosos añitos palpitantes de belleza, de carnes prietas y cálidas.

McKinnon deslizó una mano hacia el busto de la muchacha, que se encogió aún más, emitiendo un gritito.

—Vamos, vamos, cálmate… ¿A qué vienen esas lagrimitas? ¡Pero si lo vas a pasar divinamente, tontita…!

—No me toque —sonó, aguda, la voz de la muchacha… ¡No me toque, por favor, no lo haga…!

Jerry McKinnon frunció el ceño, y durante unos segundos pareció estar estudiando la petición de la muchacha. Luego, saltó hacia ella, apretándola contra la ventanilla, y deslizó sus manos bajo el jersey de ella, riendo…

—¡McKinnon! —Sonó la voz de Amy Parsons junto a él, en el pasillo de asientos—. ¡Deja a la chica!

—No seas tonta —volvió él la cabeza—. Sólo la estoy tocando, y eso no se nota luego…

—Estás buscando complicaciones —dijo fríamente Amy.

Su voz era, en verdad, como un chorro de aire helado. McKinnon frunció el ceño, irritado, pero acabó por retirar sus manos y regresar al pasillo. La alta silueta de Amy Parsons estaba ante él, erguida, tan prieta de aspecto que McKinnon no pudo evitar la tentación de la broma, y le apretó un seno.

—«¡Moc-moc!» —hizo.

Luego, dio rápidamente media vuelta, y se alejó a toda prisa hacia la salida.

—Eres un hijo de eso —dijo Amy Parsons, sin alterarse.

McKinnon se volvió, alzando amenazadoramente un dedo.

—¡Escucha, lesbia…!

—¡McKinnon! —Llegó la voz de Wendell Simpson—. ¡Ven aquí!

McKinnon vaciló, soltó un bufido y bajó del avión, reuniéndose con Simpson y Levine. Él primero señaló hacia delante, hacia el calvero, y sólo entonces vio McKinnon las luces, los largos haces amarillentos, parpadeando. Fue solo unos segundos. Luego, de nuevo la oscuridad.

—¿Qué pasa? —mascullló.

—Es el camión. Lo estábamos viendo… Venía sin luces, naturalmente; pero de pronto, ha comenzado a hacer señales… Y no se acerca.

—Bueno, habrá que ir a ver qué pasa, ¿no?

—¡Claro! Tú quédate aquí, Levine.

—De acuerdo —asintió el canadiense.

Simpson y McKinnon salieron de debajo de los árboles, y comenzaron a caminar hacia donde habían visto las luces. Había no menos de trescientos metros hasta allí, y el recorrido no fue en

modo alguno agradable. A medida que se acercaban, iban viendo mejor el camión-cisterna. Allí, en el calvero casi desprovisto de vegetación, salvo algunos matorrales y unos cuantos árboles raquíticos, se veía poco menos que perfectamente, gracias a la luna y las estrellas.

Finalmente, incluso pudieron comprobar que el camión estaba en una posición extraña, ladeado, y hacia la parte de atrás vislumbraron la figura de un hombre, inclinada.

—¡Debré! —llamó Simpson, desde unos veinte metros—. ¿Qué ocurre?

—¡No soy Debré! —Llegó una voz desconocida, en francés, pero con leve acento que Simpson identificó en seguida—. ¡Y ocurre que este maldito camión se ha metido en un hoyo!

McKinnon y Simpson cambiaron una mirada, mientras llevaban la mano hacia donde guardaban la pistola.

—¡Stolz! —llamó Simpson.

—¡Tampoco ha venido! —Llegó, de nuevo, la voz con acento americano—. ¡Maldita sea, esto ha tenido que pasar precisamente hoy! ¡Venid a echarme una mano!

Los dos hombres se fueron acercando. El otro salió a su encuentro, sacudiéndose las manos. Era gigantesco. Y llevaba una tupida barba rizada, rebelde…

—Soy Dickson —dijo—. Guy me contrató para esto, y me dijo como llegar aquí…, pero no me advirtió que podía meterme en un hoyo. ¿Qué tal?

Con la mano en el bolsillo tocando la pistola, Simpson preguntó a su vez:

—¿Qué le ha ocurrido a Debré? ¿Por qué no han venido él y Stolz, como siempre?

—¿Y a mí qué demonios me cuentas? —Gruñó Dickson—. Yo estaba con mi amiga tan ricamente cuando vino Guy a decirme que podía ganarme mil pavos por un viaje discreto, y que todo lo que tenía que hacer era no preguntar nada, tener la boca cerrada y seguir sus instrucciones… ¿Quiénes sois vosotros?

—¿Debré no te lo dijo?

Dickson se puso las manos en la cintura, y fue mirando de uno a otro. Su voz sonó sarcástica:

—Sois duros de oído, ¿eh? Escucha, compadre, a mí me importa

un huevo duro todo este asunto, así que cuando, además, me dicen que no pregunte nada y que no me interesa saber nada, mejor que mejor. He traído el camión, entiendo que debo bombear el combustible a un avión, y regresar a Saint Louis. ¿Nos dedicamos a ello o hacemos una tertulia? Sé algunos chistes buenos.

—¡La puta que…! —exclamó McKinnon—. ¡Queremos saber qué ha ocurrido para que no hayan venido Stolz y Debré!

—Puedo hacerte una sugerencia —gruñó Dickson—: ve a Saint Louis y pregúntales. De paso, le dices a Guy Debré que he conseguido llegar a destino, pero que me he metido en un hoyo, así que para llamar vuestra atención para que vinierais a ayudarme, he tenido que hacer algunas señales con las luces… Y que entonces, en vez de ayudarme a sacar el camión de ahí, os habéis dedicado a interrogarme como si fueseis «polis».

—¿Vas armado? —masculló Simpson.

—Vaya una pregunta idiota… ¡Claro que voy armado!

—Venga —tendió la mano izquierda McKinnon—. Entrega el cacharro, hermano.

Primero, brillaron los dientes de Dickson. Luego, se vio claramente su vacilación. Por fin, soltó una maldición horrenda, sacó cuidadosamente la pistola, y la entregó a McKinnon, que la guardó rápidamente.

—Está bien —dijo Simpson—. Ya nos enteraremos bien de todo, a la vuelta. Ahora hay que hacer llegar el camión junto al avión, para bombear el combustible.

—Genial idea —farfulló Dickson—; ¡a mí nunca se me habría ocurrido!

Simpson emitió una risita, y señaló hacia la parte posterior del camión. Fueron los tres hacia allí, y Dickson hizo un gesto impertinente hacia la doble rueda trasera izquierda, hundida, efectivamente, en un buen hoyo.

—¿Y sólo por esto no puedes seguir? —exclamó, incrédulamente McKinnon.

—¡Escucha, tío listo! —Se volvió Dickson hacia él, clavándole un dedote en el pecho—. Tú puedes enseñarme a mí a bordar flores en el culo de una vieja, pero de motores, y de conducir un camión o pilotar un avión, ¡tururú! ¿Está claro?

—¿Sabes pilotar un avión? —exclamó Wendell Simpson.

—Eso lo hago con un dedo. Oye, sois pistonudos, ¿eh? Estamos metidos en este apurillo, y vosotros dale que dale a la lengua. ¿Qué tal si trabajamos un poco?

—Un poco, no —gruñó Simpson—, porque si perdemos mucho tiempo, no podremos despegar.

—¿Cómo que no? —se sorprendió Dickson—. ¿Qué tiene que ver la hora con el despegue?

—El vuelo hay que hacerlo de noche.

—¡Ah…! Bueno, vamos a buscar ramas, o piedras, o lo que sea, para rellenar esto. A menos que este tío listo quiera probar a sacar él solito el camión tal como está.

—Ya basta de tonterías —gruñó de nuevo Simpson—; ¡a trabajar!

—Oye —alzó una mano Dickson—, ¿y dónde está el avión, por si os desmayáis de cansancio y tengo que encontrarlo solito?

—Por poco listo que seas —señaló McKinnon— tendrías que haber comprendido que si veníamos de allá, es que el avión está allá.

—Tocado —farfulló Dickson—. Trabajemos.

Comenzaron a buscar piedras, que fueron colocando adecuadamente bajo las dos ruedas.

—Seguramente, es el único hoyo grande de este lugar —dijo el irritable McKinnon—. Apuesto a que si lo hubieses estado buscando, no lo encuentras.

—Y yo te apuesto a que si Guy no me hubiese dicho que por aquí fuese con mucho cuidado y despacito, no me habría quedado metido en el hoyo —replicó Dickson—. Y por si quieres saber…

Dick Dickson se calló, y adoptó una actitud de escucha. McKinnon hizo lo mismo, y tras un par de segundos, asintió.

—Ésas deben ser ellas.

—¿De qué hablas?

McKinnon se alejó de él, hacia la parte de atrás del camión, donde estaba Simpson, que también había oído el motor de un coche. El vehículo apareció poco después, claramente visible a la luz lunar. Y cuando ya estaba bastante cerca, las luces largas destellaron de pronto iluminando a los tres.

—¡Maldita idiota! —gritó Simpson—. ¡Apaga eso!

Las luces estuvieron encendidas todavía tres o cuatro segundos

más. Y otros tantos después, el coche se detenía delante de los tres hombres. Inmediatamente, tres mujeres se apearon, y se acercaron a ellos.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó una de ellas.

—Eso pregunto yo —gruñó Simpson—; ¿por qué habéis tardado tanto?

—Como siempre. ¿No será que vosotros lleváis adelanto sobre el horario? ¿Quién es éste?

—Dickson. Ya te contaré… Y ya que estáis aquí, ayudadnos a traer piedras, ramas, lo que sea: el camión se ha atascado en un hoyo.

—¿Y quién es el de arriba? ¿Por qué no os ayuda él?

Durante un segundo, Dickson y los otros dos quedaron mudos, sin comprender.

—¿Cómo, el de arriba? —exclamó luego McKinnon.

—Hay alguien arriba de la cuba —señaló la mujer—. Lo hemos visto cuando hemos encendido las luces.

Dick fue a moverse, pero la pistola apareció en la mano de Simpson, que le apuntó al vientre.

—¡Quieto! —rugió—. McKinnon, a ver si eso es cierto. Y si hay alguien arriba, lo…

—Soy yo —llegó una voz, que hizo estremecer a Dickson—… ¡Dick, soy yo!

—¡La madre que…! —exclamó Dickson—. ¡Baja de ahí ahora mismo, maldita sea tu estampa! ¡Y tú, quítame ese trasto de delante, imbécil!

Sin miramiento alguno, Dickson empujó a Simpson, y fue hacia la parte de atrás, naturalmente, seguido por los otros dos hombres, y por las tres mujeres. En seguida, en lo alto de la escalerilla metálica apareció la silueta femenina, que comenzó a descender.

—¿Quién es? —inquirió Simpson.

—Mi amiguita… ¡La muy estúpida! ¡No entiendo qué hace aquí, ni por qué se cree que puede seguirme a todas partes…! ¡Te voy a romper la cara, idiota!

Mabila Ntor había llegado ya abajo, así que estaba a tiro de las manazas de Dick Dickson. Y no fue en absoluto agradable para la muchacha, desde luego; apenas llegar abajo, recibió tal bofetada que fue lanzada contra el camión, y otra, lateral, al rebote, que la

tiró de lado al suelo, donde recibió un puntapié en las costillas que la dejó sin aliento.

—¡Maldita cretina! —aullaba Dickson—. ¿Quién te crees que eres, para seguirme?

¿Sólo porque me acuesto contigo crees…?

—¡Ya está bien! —cortó Simpson—. ¡Déjala en paz, Dickson!

—¿Que la deje en paz? ¡La voy a…!

—¡He dicho que basta! Y tú, negrita, ponte en pie, ¡vamos!

Mabila se puso en pie, alejándose de Dickson, que refunfuñaba su rabia. Simpson la asió de un brazo, y la sacudió.

—A ver, dinos qué haces aquí, negrita.

—Yo…, yo estaba con Dick cuando…, cuando fueron a buscarle. El me dijo que tenía que marcharse, pero creí… que era un truco para no estar más conmigo, y que…, que un amigo le ayudaba, para engañarme, y marcharse con otra mujer… ¡Quería saber adónde iba Dick, y le seguí, y me subí al camión!

Mabila Ntor era escuchada con auténtica estupefacción por todos. Excepto, naturalmente, por Dick Dickson, que comprendía que la muchacha, después de oír lo que él les decía a Simpson y McKinnon, apoyaba su historia con sus palabras…, pero esto, ciertamente, después de meterse en el lío y ponerlo a él en un verdadero compromiso. ¿Por qué demonios no se había marchado con el coche a Mgoro…? ¡El coche! Ella lo había dejado allí mismo, claro… ¿Cómo era posible que las tres mujeres que habían llegado, lógicamente por el mismo camino, no lo hubiesen visto…? Bien, en algo había que tener suerte, se suponía.

McKinnon fue el primero en reaccionar, soltando una carcajada. Simpson reaccionó entonces, gruñendo:

—¿Y ahora, qué, Dickson?

—¡Y yo qué demonios sé! ¿Acaso tengo la culpa de que esta idiota me siguiese?

—Lo que no entiendo yo —rió una de las tres mujeres— es que con lo bien preparados para la vida que están los senegaleses, esta negrita se arrastre por un blanco.

—Debe gustarle cambiar de menú —rió otra.

—Vamos a ocuparnos, ahora, del camión, que es la más importante —dijo, muy sensato, Simpson—. Luego hablaremos de todo lo demás. Dickson, prueba a ver.

Dick Dickson probó, pero el camión no se movió. Es decir, se movió un poco, trepidó, pero no adelantó Continuó hundido en el hoyo, ladeado peligrosamente Irritado e inquieto, Simpson miró su reloj de esfera luminosa.

—Está pasando demasiado tiempo. ¡Vamos a trabajar todos!

Así se hizo, pero, inexplicablemente, cuando parecía que el camión iba a salir, retrocedió, y se hundió todavía más, ahora entre ramas y piedras. McKinnon comenzó a maldecir, y a insultar a Dickson, y quiso ponerse él al volante, pero Simpson le hizo observar que tal como estaban las ruedas, ni él ni nadie sacaría el camión de allí. Así que hubo que poner más relleno…, con lo que el tiempo fue pasando. Por fin, de nuevo se decidió que podían probar, y McKinnon apartó a Dickson furiosamente y subió a la cabina.

El motor del camión comenzó a rugir poderosamente, chispas y piedras pulverizadas comenzaron a salir disparadas…, y de pronto, el motor quedó silencioso.

—¿Qué pasa, ahora? —gritó Simpson.

—¡No lo sé, maldita sea…! —gritó, también, McKinnon—. ¡Dickson, ven a ver qué pasa!

Dick Dickson ocupó el puesto al volante, hizo unas pruebas, el motor se puso de nuevo en marcha, colocó la primera…, y se volvió a mirar perversamente a McKinnon.

—Enhorabuena, muchacho; te has cargado el cambio McKinnon palideció, y se mordió los labios.

—¿Qué pasa; qué? —Apareció el rostro de Simpson en la ventanilla.

—El tío listo se ha cargado el cambio, me parece —dijo Dickson —. Y eso no tiene solución, en este lugar Calma —se anticipó a las maldiciones de Simpson—: déjame asegurarme. Si no se ha roto el cambio, seguro que podré arreglarlo.

Hubo más maldiciones, exigencias de prisas, recriminaciones… Dickson estuvo más de media hora debajo del camión. Volvió al volante, puso el motor en marcha maldijo él, no menos profusamente que los otros, y volvió bajo el camión… Era, ciertamente, todo un experto en motores.

Por lo tanto, cuando faltaban apenas dos horas para el amanecer, pudo decir:

—Compadres, no hay nada que hacer, lo siento. Este camión no se moverá de aquí si no es con una grúa gigante…, o con un cambio de marchas nuevo. Y eso no es cosa de minutos, os lo juro.

Simpson y McKinnon volvieron a las maldiciones. Las tres mujeres, que habían esperado pacientemente por si podían volver a ayudar en algo, mostraron su definitiva disconformidad, y se metieron en el coche, para acercarse a donde estaba el avión.

Dickson, Simpson, McKinnon y Mabila regresaron a pie, discutiendo McKinnon y Simpson. —Estás loca— aprovechó la ocasión Dick para susurrar al oído de Mabila… ¡Debiste regresar a Mgoro!

—No.

—Mabila, eso es una estupidez, ¿no lo comprendes? He tenido que pegarte…

—Pero ¿hubieses preferido no hacerlo? —Lo miró vivamente ella.

—¡Claro que lo hubiese preferido! Pero tenía que hacerlo… Hemos de mantenerlos engañados sea como fuere, o…

Más adelante, caminaban Simpson y McKinnon, y, ciertamente, su «descuido» al dejar que hablasen solos Dick y Mabila no era casual; a su vez, ellos no querían ser oídos.

—Habrá que matarlos a los dos —decía Simpson—. Pero eso no será hasta que estemos en condiciones de despegar. Mientras tanto, Dickson puede sernos muy útil: parece un sujeto hábil con todo.

—No me gusta —insistió McKinnon—. ¡No me gusta nada! Y otra cosa: creo que deberíamos ir a Saint Louis, con el coche de ellas, para ver a Debré y a Stolz, para asegurarnos…

—No. Nada de movernos de aquí. Sólo somos tres, y no quiero prescindir de ninguno.

—Tienes razón… ¡Maldita sea, si supiese seguro que hay de por medio alguna jugada sucia…!

CAPÍTULO IV

Conrad Levine, que se había mantenido a distancia pese a todo, muy vigilante, fue puesto al corriente de los inconvenientes de aquel viaje, y demostró tener también un gran surtido de maldiciones. Pero Wendell Simpson había llegado ya a una conclusión y decisión:

—Ya no podemos despegar, a pesar de que tengo la solución. La he tenido todo el tiempo al alcance de la mano, pero no se me ha ocurrido hasta ahora…

—¿Qué solución? —se sorprendió Dickson.

—Ya que el camión no puede venir hasta el avión, deberíamos haber llevado el avión hasta el camión.

Se hizo un denso silencio…, hasta que McKinnon y Levine comenzaron de nuevo a maldecir. Simpson alzó las manos.

—Como os digo, ya no podemos hacer eso, porque despegaríamos al amanecer, y seríamos vistos cruzando toda África, de Oeste a Este. Eso no interesa, en modo alguno. De modo que vamos a esperar aquí durante todo el día, y en cuanto anochezca llevaremos el avión adonde está el camión, cargaremos el combustible, y despegaremos. Llegaremos con un día de retraso, eso será todo.

—¡Pero no podemos estar todo un día aquí, a plena luz! —exclamó una de las tres mujeres.

—No estaremos a plena luz. El avión está bastante bien escondido: todo lo que tenemos que hacer es acabar de camuflarlo un poco. Y lo mismo haremos con el camión. Por aquí, bien lo sabemos puesto que fue por eso que escogimos el lugar entre todos los que estudiamos en la costa Oeste de África, no viene nadie, prácticamente; sería una mala casualidad que precisamente hoy

viniese alguien… Una mala casualidad para quien viniese, claro. Lo que me preocupa es que nos vean desde arriba. Así que taparemos el camión.

Simpson se tocó una sien con el dedo índice.

—Estás tocado —gruñó—. ¡No va a ser nada fácil tapar ese monstruo!

—Somos los suficientes para hacerlo en una hora —sonrió Simpson—. En la hora que preceda al amanecer cuando todavía no se pueda ver bien…, pero sí lo suficiente para controlar que ninguna de nuestras ovejitas pueda escapar.

McKinnon lanzó una exclamación.

—¿Quieres decir que vamos a utilizar a las ovejitas para el trabajo? ¡Leche, qué buena idea!

—Hay que saber afrontar las situaciones, McKinnon —sonrió ufanamente Simpson—. Y eso es lo que diferencia a unos hombres de otros. A ver, Susanne, Netty, Roberta; subid al avión, hablad con la doctora Parsons, y luego dad instrucciones a… las ovejitas, como dice McKinnon, sobre lo que tendrán que hacer dentro de… media hora aproximadamente. Que se vayan preparando.

—Estoy pensando —dijo Susanne— que nosotras podríamos ahorrarnos el viaje esta vez, Simpson. Puesto que vamos a estar aquí todo un día, podríamos aleccionar a las ovejitas durante ese tiempo, y quedamos cuando despeguéis.

—Nada de eso. Ha habido un retraso de un día, pero las cosas se harán como siempre.

Ahora bien, si durante las horas de luz queréis ir poniendo en antecedentes a las ovejitas, ese trabajo llevaréis por adelantado. Venga, subid al avión.

Mabila tiró suavemente de una mano de Dickson.

—¿Utilizan un avión para llevar ovejitas, Dick? —preguntó.

A McKinnon le dio un ataque de risa y, poco menos, a los otros dos. Dick Dickson soltó un gruñido:

—No creo que eso sea rentable, negra tonta. Y escúchame bien: mantén la boca cerrada, o te la cerraré a golpes. ¿*Okay*?

—Sí, Dick.

Voces femeninas comenzaron a llegar, procedentes del interior del avión. Mabila miró a Dickson, pero éste apretó los labios, y la bella negra se mantuvo en silencio.

Algo después de transcurrida media hora, Mabila, que estaba sentada en el suelo junto a Dick, vio a las primeras muchachas que comenzaban a descender por la escalerilla de tubos metálicos. Simpson y los otros estaban al pie de la escalerilla, alejados de ellos, así que, cuando Mabila miró a Dick, éste musitó:

—Son flores para los cerdos.

—¿Qué…, qué quieres decir?

—Ya lo he dicho: que son flores para los cerdos.

Mabila volvió a mirar hacia el avión. Habían muchas, muchísimas mujeres… Simpson estaba ya dando órdenes, en las que ellos dos fueron incluidos, así que tuvieron que unirse al grupo de mujeres para empezar a arrancar arbustos y cortar todas las ramas que podían… Hacia el Este había ya una palidez levísima, que, poco a poco, se fue convirtiendo en un destello rojo, para, ya rápidamente, ir adquiriendo un tono dorado… Cuando la primera luz del sol fue nítida, Mabila vio que las «ovejitas» eran muchachas muy jóvenes. Por más que miró, no vio ninguna que pareciera tener más de veinte años, la mayoría bastante menos: quince a diecisiete era lo más corriente. Tenían frío, y, por supuesto, estaban muy asustadas.

Simpson, McKinnon y Levine, armas en mano, sin disimulo alguno, paseaban formando un círculo alrededor del grupo que iba trabajando, cubriendo el camión. Dick Dickson se mantenía en silencio, trabajando eficazmente. En la cabina del camión, bajo la colchoneta, tenía a su disposición un rifle y una pistola. Pero, para hacer eso, para resolver la situación allí y de aquel modo, no habría valido la pena complicarse tanto la vida…

Había una mujer que tenía muy preocupada a Mabila: era la más alta de las cuatro amigas de Simpson, la que tenía el cuerpo espléndido, el rostro muy bello, pero los ojos fríos… Frialdad que parecía diluirse cuando miraba a Dick Dickson, el rubio y barbudo gigante.

Netty, Roberta y Susanne eran muy bonitas, elegantes. No dejaban de refunfuñar por tener que colaborar en tan molesto trabajo, y, continuamente, se detenían, miraban a Dickson, y reían, cambiando comentarios. Mabila Ntor mantenía bajos los párpados, para ocultar la expresión de sus ojos castaño-dorados… No, a las tres divertidas damas no les habría gustado nada ver la expresión de

los ojos de la bella negra. Y todavía le habría gustado menos a la doctora Parsons.

En el cielo aparecieron unas gaviotas, procedentes del mar, volando tierra adentro. El día sería claro, caluroso. Mabila miró a Dick, y lo vio sereno, tranquilo, haciendo su trabajo como si fuese lo único importante en la vida. Por supuesto, la negra había comprendido ya de qué iba el asunto, pero no lograba entender qué parte tenía Dick Dickson en él.

Por fin, el camión quedó lo bastante bien camuflado para que Simpson se diese por satisfecho. Era cierto que durante el día pasaban bastantes aviones hacia Dakar, pero la probabilidad de que desde uno de aquellos aviones alguien notase algo raro en aquel montón de ramas y arbustos era en verdad muy remota.

Las «ovejitas» subieron todas al avión, acompañadas por la doctora Parsons y por las tres elegantes jóvenes llamadas Roberta, Susanne y Netty. Estas dos eran norteamericanas, y la primera debía ser sudamericana. Su inglés no era muy bueno, como el de Mabila, que lo había estudiado regularmente durante su estancia en París.

—Preparad café, y algo de comer —dijo Simpson—. Menos mal que todo está siempre previsto, en nuestro negocio.

Dick se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, y se dedicó a fumar.

Naturalmente, Mabila fue a sentarse junto a él, seguida por una mirada muy especial de McKinnon, que la había estado contemplando antes, mientras trabajaban, reparando en las bellísimas formas de la negra, que se ponían de relieve a cada gesto.

—¿Quieres un cigarrillo? —ofreció Dickson.

Mabila aceptó. Mientras se lo encendía, Dickson murmuró:

—Ten cuidado con McKinnon; está teniendo ideas muy concretas respecto a tu cuerpo.

—Ya me he dado cuenta —musitó Mabila—. ¿Adónde llevan a estas muchachas, Dick?

—Si lo supiese, te aseguro que no estaríamos aquí.

—Simpson debe saberlo.

—Sí… Simpson sabe dónde tienen que aterrizar, pero nada más. Así que he llegado a la conclusión de que quien sabe lo que me interesa es la mujer de los ojos de hielo.

Mabila asintió con un gesto.

—¿Y qué es lo que te interesa, Dick?

Dick Dickson movió la cabeza negativamente.

—Mabila, créeme; no te metas en esto, no quieras saber nada. Puede que te acosen, durante el día, y te hagan preguntas sobre nosotros, habla de ti, diles dónde vives y a qué te dedicas, y di que yo estoy viviendo a tu costa, que soy un golfo, un aventurero del que sólo sabes cosas de la cama. ¿Lo entiendes?

—Sí… Sí, Dick.

—¿Cuál es tu dirección en Saint Louis?

—En 164 de Avenue Prince Albert.

—Está bien. Dime cómo es tu apartamento, su número…

—No es un apartamento, sino una casa con jardín, de una sola planta. En el jardín hay…

Más allá, también fumando, McKinnon y Levine miraban al americano y la senegalesa.

—Te gusta la negra, ¿eh? —deslizó maliciosamente Levine.

—Más que a un perro los huesos —admitió McKinnon.

—Pues duro con ella, hombre —rió el canadiense.

—Hay tiempo. Pero la idea es buena… Es enervante eso de viajar con unas docenas de chicas preciosas y no poder meterles mano, ¿no te parece?

—Algún día, voy a probar con Roberta —susurró Levine—. A fin de cuentas, seguro que ella no es virgen, ni hay que entregarla a nadie en ese estado.

—Aquí, el verdadero hueso es la Parsons —mascullló McKinnon —; si no fuese por su vigilancia, más de una vez habríamos podido hacer algo… ¡Y nadie se habría enterado!

—Ya sabes que nuestros clientes son expertos en esas cosas —rió Levine—. ¡No te compliques la vida, créeme! Por mi parte, te aseguro que no pienso hacer nada que pueda poner en peligro mi… empleo. Te apuesto lo que quieras a que no encontraríamos fácilmente otro tan remunerativo.

—En eso llevas razón —tuvo que admitir McKinnon—. Además, realmente, el mundo está lleno de mujeres, así que no tenemos por qué complicarnos la vida, precisamente por las ovejitas. En cuanto a ellas, pobrecillas, ya la tienen bastante complicada…

Dentro del avión, mientras Roberta y Netty preparaban café y desayuno para todos, Susanne se dirigía a las sesenta jovencitas,

que habían vuelto a ocupar los asientos. En la pantalla cinematográfica del avión había aparecido, en colores, la imagen de un oasis, tras unos cuantos números e indicaciones.

—Aquí está —dijo Susanne, alegremente—. Esto es un oasis. En estos sitios se pasa mucho menos mal de lo que podáis pensar. Sobre todo, naturalmente, si quien se instala allí es un jeque rico, y, naturalmente, nosotros no tratamos con gente pobre. Por el contrario, son todos riquísimos. Pero ved ahora… No sólo tenemos clientes de éstos, sino de los que prefieren la civilización. Éste es un hermoso palacio, tierra adentro. Y ved esta hermosa villa de estilo europeo, rodeada de jardines… También tenemos clientes que disponen de hermosas casas en ciudades importantes… Todo esto es para que comprendáis que vais a ser tratadas con todo lujo y mimo. Mi obligación, mi trabajo, como el de mis compañeras, consiste en poneros en antecedentes de todo lo que os espera, a fin de que sepáis cómo comportaros para que la vida os sea grata…, lo cual conseguiréis fácilmente si conseguís que sea grata la vida de vuestros futuros propietarios…

La joven Rosie comenzó a sollozar. Las demás estaban pálidas, atemorizadas, pero, por el momento, podían contenerse. Susanne dirigió una mirada de simpatía, aunque un tanto burlona, a Rosie, y prosiguió:

—Tenemos que enseñaros cómo comportaros en líneas generales, pero, sobre todo en determinados momentos. La clientela es más exigente en todos los aspectos cada día, así que hay que tenerla muy satisfecha. La mayoría son árabes, de modo que difieren considerablemente en sus costumbres personales de los hombres con los que estáis acostumbradas a tratar. Por eso, mis compañeras y yo os vamos a informar de todo. Cuanto mejor os comportéis, mejor será vuestra vida…

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó una de las ovejitas.

—¿Quién ha hablado? —Frunció el ceño Susanne.

Hacia la mitad del departamento de pasaje turístico, una de las muchachas se puso en pie. Quizá era la mayor de todas; debía tener unos veinte años, sus cabellos eran largos y lacios, de color ceniciento natural; sus ojos eran de un color entre azul y violeta, su boca era sonrosada, de dulce forma alargada; su cuerpo era fino, pero espléndido, pujante. —¿Quién eres tú?— preguntó Susanne.

—Me llamo Hortense Harrison. Quiero saber durante cuánto tiempo vamos a estar viviendo como esclavas de esos árabes.

Susanne parpadeó.

—Eres de las espabiladas, ¿verdad?

—Soy mayor que las otras. Por eso quizá haga más preguntas. Me ha parecido entender que lo que no entendiésemos podíamos preguntarlo.

—Sólo sobre los asuntos referentes a vuestra convivencia con vuestros propietarios.

—No hay nadie en el mundo que pueda ser propietario de mi persona —dijo con firmeza la muchacha.

—Lo mejor será que siga con mis instrucciones —volvió a fruncir el ceño Susanne—. Como os decía, cuanto más grata sea la vida de vuestros propietarios, más grata será la vuestra. Os hablaremos de las costumbres de algunos, de su modo de tratar a las mujeres y cómo esperan ser tratados por ellas. Esto es fundamental para vosotras…, pero esa parte os la explicará Netty, que es la experta en el asunto. Aunque sois muy jóvenes, os imaginamos lo bastante inteligentes para comprender que sería una estupidez rebelaros, o intentar huir. Os aseguro que eso es completamente imposible, así que, una vez instaladas en vuestro destino, usad la cabeza, y…

—En resumen —dijo Hortense Harrison, que no se había sentado —; ustedes tienen el trabajo de… amaestrarnos a fin de que sepamos comportarnos como un… material satisfactorio para sus clientes.

—Así es —sonrió, fríamente, Susanne.

—De acuerdo. Lo encuentro repugnante y canallesco, pero es que, además, me pregunto cuánto va a durar esa situación para nosotras. Repito; ¿durante cuánto tiempo? Porque no creo que esos… caballeros nos tengan con ellos toda la vida, ¿verdad? ¿Qué harán con nosotras cuando se cansen de nuestras caricias?

Un murmullo excitado se extendió por el avión. Rosie seguía llorando, pero ya no estaba sola en esto. Las que no lloraban lanzaban exclamaciones, hacían preguntas… Susanne hacía gestos pidiendo silencio, pero no lo conseguía. El griterío llegó a ser tal que obligó a Simpson a intervenir, subiendo rápidamente al avión.

—¿Qué pasa aquí? —gritó más fuerte que todas las muchachas

juntas.

El silencio fue súbito. Susanne señaló a Hortense Harrison.

—Ella está complicando las explicaciones, Simpson. Pregunta que durante cuánto tiempo estarán con sus propietarios, y qué harán éstos con ellas, *después de usarlas*.

Wendell Simpson se quedó mirando fijamente a Hortense. Por fin, asintió con un gesto.

—Tienes razón, hay que contestarte a esa pregunta… Pero no ahora. Ahora, tenéis que aprovechar la presencia de Susanne y las otras, para aprender lo que más os conviene. Cuando ellas terminen su parte, yo contestaré a todas las preguntas que queráis hacerme. ¡Y a la que moleste, le parto los dientes y la dejo enterrada viva en este lugar! ¿Está claro?

Hortense Harrison palideció, y se sentó por fin. Simpson refunfuñó algo, y fue a ver cómo estaba el desayuno, mientras Susanne continuaba sus explicaciones…

CAPÍTULO V

En efecto, era un día caluroso, quieto. Todo parecía como paralizado. El viento de la noche anterior habría ido muy bien para refrescar el ambiente, pero, así son las cosas: de día un calor agobiante y de noche un frío que podía llegar a ser terrible…

Quizá eran las once de la mañana. Dickson parecía dormitar, a la sombra del mismo árbol. A su lado, apoyada en él, Mabila también simulaba dormir, pero en realidad no dejaba de vigilar a McKinnon, y a los otros dos, que bebían *whisky*, charlaban, fumaban…, pero no dormitaban, siempre vigilando los bordes del calvero, por si aparecía alguien.

Pero esto no parecía probable, ya que, en efecto, antes de escoger el lugar de la escala intermedia, todo había sido muy bien estudiado y preparado.

Cerrados los ojos, prietos los labios, Richard Dickson tenía que comprenderlo así, lo había comprendido desde el primer momento. Mejor dicho, después de conversar con Mirna… Mirna Serling. ¡Pobre Mirna Serling!

Cuando él fue a visitarla…

Era rubia, muy bonita, y tenía los ojos azules. De un azul precioso. Debía tener unos treinta años. Treinta años resplandecientes de belleza, de encanto, de elegancia.

A Dickson le pareció elegante, incluso cubierta solamente con aquel albornoz de color azul que hacía juego con el de sus ojos. Ella había abierto la puerta de su apartamento, se sorprendió al ver a Dick Dickson, y luego continuó secándose la cabeza. Debía hacer segundos que había abandonado el baño.

—¿Qué desea? —sonrió.

—¿Señorita Serling? —inquirió Dick.

—Sí… ¿Nos conocemos?

—No —sonrió, también, Dick—. Pero me gustaría conversar unos minutos con usted.

Estuvo bien claro que la primera intención de Mirna Serling fue negarse, lo cual habría estado justificado, considerando el momento, por demás inoportuno. Pero miró con detenimiento a Richard Dickson, y acabó por apartarse de delante de la puerta. Dickson entró: metro ochenta y seis, de musculatura bien proporcionada, rubio, ojos claros, elegante, atractivo, bien afeitado y oliendo a loción masculina que su aspecto viril no necesitaba en absoluto. La calidad y el corte de sus ropas indicaba claramente una posición económica muy interesante.

—Como usted ve, acabo de bañarme, así que le agradecería que fuese breve, señor…

—Dickson —murmuró Dick—. Richard Dickson. Dickson, no Nixon, como entienden muchos.

Mientras hablaba, incluso añadiendo la sencilla broma, Dick Dickson había estado mirando profundamente los ojos de Mima Serling, y, al pronunciar su apellido, vio en ellos un destello brevísimo. Pero lo vio, sin duda alguna; no fue imaginación.

Sin embargo, eso fue todo. Mima Serling asintió en seguida, y dijo:

—Encantada. Usted dirá, señor Dickson.

—Quizá conozca usted a mi hermana, señorita Serling: Gloria Dickson.

—No… No conozco a nadie que se llame así, señor Dickson.

Dick supo entonces, ya sin la menor duda, que Mirna Serling estaba mintiendo. Lo supo con toda certeza, porque la vida de Dick Dickson había sido una buena base para leer en los ojos de las personas. Hasta los veinticuatro años, había sido boxeador profesional, de modo que había tenido que aprender a leer en los ojos de su oponente hasta el más fugaz pensamiento, la más insospechada reacción, de modo que cuando el golpe partía de su puño él ya lo había detectado en sus ojos; esto no es nada demasiado especial en un luchador; es casi normal. Luego, había estado combatiendo en Vietnam, en la USAF, hasta que lo derribaron. Pudo salvarse utilizando el paracaídas, pero después de algunos días de vagar por la selva, fue hecho prisionero. Tardó

solamente dos semanas en fugarse…, y durante esas dos semanas, y las que siguieron, cruzando a pie una selva llena de enemigos que, a veces, decían ser amigos para engañarle, Dick Dickson tuvo que aprender aún más cosas sobre los ojos de las personas que hablaban con él. Muchas más cosas. No podía adivinar el pensamiento, ni mucho menos, pero sí sabía si le decían la verdad o le mentían.

Actualmente ya retirado de toda actividad de violencia, con un magnífico empleo de piloto de pruebas en una importante fábrica de aviones, Dick Dickson quizá no hubiese podido terminar un combate de boxeo, ni cruzar una selva…, pero seguía «leyendo», y cada vez mejor, en los ojos de las personas con las que hablaba.

—Bien… Lo siento, porque era usted mi última esperanza, señorita Serling.

—¿Su última esperanza? No comprendo.

—Estoy buscando a mi hermana. ¿Seguro que no la conoce? Precisamente, traigo una fotografía suya… Pienso que quizá no la conoce por el nombre, pero si ve su rostro… ¿Le molestaría complacerme?

—Claro que no —sonrió Mirna—. Pero le aseguro que no comprendo lo que desea usted, señor Dickson.

Dick puso la fotografía ante los ojos de Mirna.

—¿La recuerda?

—No… No.

—Aquí tenía dieciséis años. Ahora tiene dieciocho nada más, de modo que no creo que haya cambiado demasiado.

—No la conozco, lo siento.

Richard Dickson asintió, y se acercó al ventanal del recibidor-salita del apartamento. Desde allá, se veían las luces de los barcos que navegaban por el Hudson River, y los luminosos de Manhattan; todo el resplandor de Nueva York. Estuvo allá unos segundos, como absorto, antes de volverse.

—Yo trabajo fuera de Nueva York —dijo, de pronto, volviéndose—. Tengo un empleo interesante, pero que no puede desempeñarse en una ciudad. Al principio, pensé en vivir en Nueva York, y acudir a mi trabajo en coche siempre que fuese necesario, pero, realmente, era una molestia innecesaria. Tenía que recorrer demasiadas millas, y, por otra parte, Gloria, ya casi con dieciocho años, podía muy bien desenvolverse sin mi presencia continua. Así que los dos nos

pusimos de acuerdo: yo me trasladaría a vivir a una zona residencial cerca de la fábrica de aviones, y ella seguiría estudiando en Nueva York. Está en la Universidad de Columbia.

—¡Ah…!

—¿Asistió usted a la Universidad, señorita Serling?

No… No pude hacerlo.

Entiendo. Bueno, ya me lo pensaba, a decir verdad. Creo que trabaja usted como animadora especial, como *girl go-go* en una discoteca llamada La Colmena.

—Sí. —Mirna se pasó la lengua por los labios—. Sí, así es. ¿Cómo lo sabe usted?

—Gloria y yo no somos muy aficionados a escribirnos, de modo que casi siempre nos comunicábamos por teléfono. Eso, aparte de que, con cierta frecuencia claro está yo vengo a Nueva York, para estar un par de días con ella. La vez anterior, no la encontré. La estuve esperando en su apartamento, pero llegó el momento en que tenía que volver a mi trabajo, y ella no había regresado. Pensé que estaría por ahí, pasando el fin de semana con algunos amigos, así que no me preocupé demasiado. Posteriormente, la estuve llamando a su apartamento por teléfono, pero no contestaba. Finalmente, preocupado, llamé a la Universidad; me dijeron que hacía más de dos semanas que Gloria no acudía a las clases, y que me habían escrito en ese sentido; lamentablemente, soy un poco distraído para estas cosas, así que cuando me cambié de alojamiento, no avisé a la Universidad. Ni se me ocurrió, francamente. Pero, en fin, ya preocupado he vuelto a Nueva York, para ver si encontraba a Gloria. Y no ha sido posible.

—Bueno… Pero, señor Dickson, no comprendo…

—Permítame continuar, por favor… ¿Fuma usted?

—En este momento, no, gracias.

—¿Puedo hacerlo yo?

—Sí, naturalmente. Pero tengo un poco de prisa…

—Terminaremos pronto. —Dick encendió un cigarrillo, y se acercó a la mesita donde estaba el cenicero—. Como le decía, no he conseguido encontrar a mi hermana, pese a que la he buscado en todos los sitios imaginables, empezando, claro está, por sus compañeros de estudios.

Todos están sorprendidos, no tienen ni idea de dónde pueda estar Gloria. Hablando con ellos, he recordado que durante nuestras charlas telefónicas Gloria había mencionado alguna vez La Colmena así que les pregunté a los muchachos por ese lugar, qué hacían allí… Nada de particular. Hasta que uno de los chicos recordó que Gloria había conversado en algunas ocasiones con la animadora, aparte. No sabían el nombre de la animadora, así que fui a La Colmena. Mejor dicho, vengo de allí —miró su reloj—. Y efectivamente, debe tener usted prisa, señorita Serling, pues pronto será la hora de abrir. Bien… Claro, en La Colmena no tienen ni idea de quién puede ser Gloria Dickson, pues allá van cientos de miles de muchachas en un año. ¿Le parece que exagero?

—Van muchos jóvenes, sí —murmuró Mirna.

—Sí… Bueno, en La Colmena me dijeron que tienen, en la actualidad, contratadas a tres animadoras. Normalmente, tienen dos, pero una se puso enferma, y creo que tuvo que irse a pasar una temporada a Colorado. ¿Es así?

—Sí… En efecto, sí.

—Entonces, claro, tuvieron que contratar otra, para tener siempre dos dispuestas a trabajar. Fueron tan amables de darme las direcciones de las dos actualmente en activo. Una de ellas es usted: la primera a la que visito, para preguntarle por el paradero de Gloria.

—Sí, comprendo. Pero va le he dicho que yo ni siquiera la conozco, señor Dickson. Sí —asintió plácidamente Dick—, lo ha dicho. Pero ha mentido, señorita Serling.

¡Qué dice usted…! ¡Yo no…!

—Lo que me pregunto —cortó secamente Dick— es por qué miente.

—¡No estoy mintiendo! ¡Haga el favor de marcharse, no tengo por qué permitir que…!

Mirna Serling enmudeció, bruscamente. Tan bruscamente como Dick Dickson la había asido por la ropa de un manotazo, para atraerla hacia él de tal modo que la alzó del suelo, y prácticamente la dejó colgando, casi pegada a él.

—Señorita Serling: si usted me hubiese dicho que conoce a mi hermana, pero que no sabe dónde pueda estar, quizá yo me habría marchado ya. Pero al decir que no la conoce, yo he sabido que

estaba mintiendo. ¿Por qué?

—¡No estoy mintiendo! ¡Suélteme! —pudo jadear Mima.

—Estoy intentando ser paciente, señorita Serling. Casi diría que amable. Yo jamás he negado conocer a una persona… Así que pienso que quien lo hace, tiene sus motivos para hacerlo. ¿Cuáles son sus motivos?

Mirna Serling dio un gritito, e intentó zafarse de la presa que ejercía en su albornoz la manaza de Dick Dickson. Todo lo que consiguió fue que el albornoz se rasgase… Con otro tirón, quedó libre, pero dejando la prenda en la mano de Dickson. Ella volvió a emitir un grito de espanto, dio media vuelta, y echó a correr hacia el fondo del apartamento.

Ni siquiera dio media docena de pasos. Una mano de Dickson la agarró por los rubios cabellos húmedos, y la detuvo, tan en seco, que cayó sentada. Dick la puso en pie de un tirón a los cabellos, y la colocó, de golpe, de espaldas contra una pared. Para entonces, Mirna Serling estaba muda de espanto. La mueca de su visitante, la frialdad de su mirada, la dejaron paralizada.

—Puedo llamar a la policía para que usted les explique lo que sea —susurró Dickson—. Pero quizá eso complicaría las cosas para todos, ¿no le parece? Mire, no quisiera esas complicaciones, así que pienso conseguir que usted me hable de Gloria… En privado, entre nosotros. ¿Le parece posible? Y si vuelve a mentirme, señorita Serling, voy a reventarle los dos ojos a puñetazos… Sé cómo hacerlo. ¿Me comprende?

Mirna sólo pudo asentir con la cabeza. Dickson la llevó a un sillón, la sentó y se quedó de pie ante ella, indiferente por completo a la belleza del cuerpo femenino.

—Pues hablemos —continuó—. ¿Dónde está Gloria?

—Creo… creo que… que en… en África…

Dick Dickson quedó mudo y pálido de asombro.

—¿En África? —pudo susurrar por fin, atónito aún.

—Bueno… Sí… Creo…, creo que sí…

—¿Lo cree?

—Sí… Sí.

—Explíqueme eso. ¿Por qué ha ido Gloria a África? ¡Santo cielo, debo estar soñando…!

¿Cómo ha podido llegar ella allí?

—En…, en un avión… Yo-yo-yo…

—Deje de tartamudear. Le sugiero que se serene, y que se explique con claridad.

—Sí… Bueno, yo sólo tengo que relacionarme con chicas jóvenes y bonitas, en La Colmena, o en otros sitios. La verdad es que no… opero demasiado en La Colmena, porque podría ser comprometido…, como de hecho lo ha sido ahora.

Se relaciona con chicas jóvenes y bonitas. ¿Qué más?

Me entero de sus condiciones de vida, si tienen familia… Todas esas cosas. Si tienen familia, no insisto. Pero si no la tienen…

—¿De dónde sacó usted que Gloria no tenía familia? ¿Yo no soy considerado familia de mi hermana?

—Ella…, ella me dijo, cuando le pregunté al respecto, que era libre e independiente como un pájaro…

—¡Pero eso lo decía siempre, porque así era! Nadie podía coartar la libertad de Gloria, nadie tendría derecho sobre ella nunca… Es un principio humano que…

—Yo entendí… otra cosa. Entendí que no tenía familia, y entonces, la señalé.

—¿La señaló? ¿Qué quiere decir con eso?

—Era… tan bonita…

—¿Qué ha querido decir? —Se inclinó Dickson, demudado el rostro.

—¡No me pegue, no me pegue…!

—No le voy a pegar… Claro que no. Solamente voy a arrancarle las orejas si vuelve a tartamudear. ¿Qué quiere decir con eso de que la «señaló»?

—La señalé a unos hombres. Ellos debieron secuestrarla, para enviarla a África. Cada seis o siete semanas, aproximadamente, sale un avión de Estados Unidos hacia África, lleno de muchachas jóvenes, que han sido… secuestradas en diferentes sitios del país. Las… las reúnen en determinado lugar, las meten en el avión, y…, y se las llevan.

—Pero… ¿adónde, de África? ¿Para qué…? ¡Dios…! ¡Esto no puede ser verdad! ¿Adónde se las llevan?

—No sé el sitio exacto. Bueno, hace unos meses estuve con uno de los hombres que saben de esto, y me dijo que llegaban por Senegal, a un lugar cerca de una ciudad llamada Saint Louis. Hacían

el viaje de modo que llegaban allá de noche…

—¿Dónde es exactamente, allá?

—¡No lo sé! ¡Sólo me dijo que el avión pasaba por encima de la ciudad, como si fuese hacia Dakar, pero que aterrizaba por allí, tierra adentro, cerca de esa ciudad! ¡El tampoco sabía nada más!

—Está bien. ¿Quién es ese hombre? ¿Dónde está?

—Sólo sé que se llama Chalmer. Sólo eso… Bueno, pasamos una noche juntos, simplemente. Los dos sabíamos que era mejor no saber demasiadas cosas, pero él había bebido de más. Trajo una botella de champaña… Yo tenía curiosidad, pero no me atreví a preguntarle muchas cosas. Además, él tampoco sabía mucho… Por la mañana, después que le hube dado los nombres y direcciones de dos chicas, se fue, y eso es todo.

—¡Todo…! ¿Dónde está, ahora, ese Chalmer?

—No lo sé. Casi nunca son los mismos, siempre se cambian de ciudad para ir operando.

—Pero…, ¡algo tiene que saber! ¿Quién dirige esto?

—No lo sé. A mí me…, me contrató el primero que vino a hacerme la proposición. Ni siquiera sé su nombre. Me pagó, y luego, los que van haciendo ese trabajo son los que me pagan… No sé nada más ¡Lo juro, no sé nada más!

—Pero esto…, esto tiene que estar dirigido por alguien… ¡Esto tiene que haberlo preparado alguien! No es fácil organizarlo todo, ni disponer de un avión capaz de volar a África… ¡Tiene que saber algo más!

No… ¡No, no, no! ¡Lo juro!

Dick Dickson se pasó las manos por la cara, que notó fría y tensa. Tan frío y tenso como estaba por dentro, imaginando el destino de su hermana, la pequeña Gloria… La llegada de la pequeña Gloria a casa de los Dickson, dieciocho años atrás, cuando Dick tenía ya quince, había sido algo así como una broma divertida que la familia había sabido gozar adecuadamente. Desde los primeros pasos de la pequeña, Dickson había sido prácticamente un padre para ella. La diferencia de edad entre los hermanos era tanta que, para Dick, la pequeña Gloria había sido como una maravillosa muñequita llena de risas…

Cuando Richard Dickson volvió a mirar a Mirna Serling, ésta pudo ver el brillo de las lágrimas en los ojos del gigante rubio.

—Vístete —susurró él—: vamos a ir a la policía.

—No… ¡No, no! ¡Por favor, no!

—Vístete, o te llevo tal como estás.

Mirna le miraba horrorizada. Por fin, comprendiendo que era absurdo esperar piedad o arreglo alguno, asintió con un gesto, se puso en pie, y se dirigió al cuarto de baño. Dick Dickson se sentó en un sillón, y escondió el rostro entre las manos…

No supo cuánto tiempo había pasado cuando alzó la cabeza, sobresaltado. ¿Había pasado un minuto, dos, diez, cien…? Se puso en pie.

—Vamos —gruñó—; no cuesta tanto trabajo vestirse.

Silencio.

Dick Dickson frunció el ceño.

—¿Señorita Serling?

Silencio.

Dickson se pasó la lengua por los labios. Sus pensamientos no estaban demasiado claros, en aquel momento. ¿Había escapado Mirna Serling en un descuido de él? Afuera, las luces de Manhattan ponían reflejos de colores en la oscuridad. Los altísimos edificios se recortaban, iluminados unos, como un gran montón de pequeños nichos relucientes otros…

—¿Señorita Serling?

De nuevo el silencio por respuesta.

Dick entró en el dormitorio. No había nadie allí, así que entró en el cuarto de baño, anexo al dormitorio.

Mirna Serling sí estaba allí.

Desnuda todavía, tendida en el suelo, de lado, como encogida, temerosa, protegiéndose el rostro con las manos. Desconcertado, Dick se acercó, se acuclilló junto a ella, y le apartó las manos del rostro… Entonces, percibió al mismo tiempo tres cosas: la frialdad de las muñecas de Mirna Serling, el tubo vacío cerca de su cabeza…, y las lágrimas que habían quedado prendidas en las rígidas mejillas de la hermosa rubia.

—Dios mío…

Estaba ya tan fría que ni siquiera habría hecho falta que la auscultase, pero lo hizo. Por supuesto, estaba muerta. Dickson acercó la mano al tubo, lo tomó, y leyó el nombre de las pastillas. ¡Adiós, Mirna Serling!

Dick Dickson se dejó caer sentado en el suelo, junto al cadáver. En su mente comenzaron a estallar cientos y cientos de pensamientos sobre lo que había pasado, sobre lo que podía pasar… Finalmente, una de las ideas fue tomando más fuerza en su mente: si avisaba a la policía, quizá no saliese mal librado del asunto, pero lo seguro era que lo ocurrido se publicaría en los periódicos. Con lo que cualquier persona relacionada con Mirna Serling tendría tiempo más que suficiente de reorganizarlo todo de modo que las pocas pistas que él podría aportar, no sirviesen de nada. En cambio, si se iba de allí, simplemente, borrando toda huella de su paso por el apartamento, cuando alguien encontrase el cadáver de Mirna se pensaría en un suicidio, y asunto concluido. O. cuando menos, no sería relacionada la muerte de la Serling con el secuestro de muchachas que eran llevadas a África…

Sí.

Lo mejor que podía hacer era marcharse, y pensar en el modo de encauzar las cosas para que quien tuviese que pagar, pagase. ¿Qué otra cosa podía hacer…?

* * *

—¡Dickson!

Realmente, Dick se sobresaltó, tan absorto había estado en sus pensamientos sobre lo sucedido semanas atrás. Se irguió vivamente, abriendo los ojos y mirando a todos lados…

La voz había llegado de la puerta del avión. Allí, la doctora Parsons, repetía la llamada.

—Dickson, ¿estás sordo? ¡Sube!

Dick se puso en pie, lentamente, y comenzó a caminar hacia el avión. Simpson, Levine y McKinnon le contemplaban irónicamente. McKinnon miró a Mabila, que estaba tensa, y lanzó una risotada.

—¡No te preocupes por tu amor, negrita! No sé qué querrá la doctora de él, pero me apuesto la coleta a que no es nada de lo que estás temiendo… ¡Eso, puede que te lo pida a ti!

Los tres se echaron a reír, divertidísimos. Dickson ni siquiera los miró al pasar junto a ellos. Subió por la escalera metálica, y miró interrogante a la doctora Parsons.

—¿Sí? —inquirió.

—Ven; tienes que ayudarme. ¿O quizá te molesta que te haya

elegido a ti?

—Claro que no —se mostró amable el americano.

Los dos desaparecieron de la vista de Mabila y los tres sinvergüenzas, que continuaban riendo.

—Tranquila, perla negra —lanzó otra risotada McKinnon—. Ya te digo yo que no debes temer nada de la doctora. Seguro que te devuelve entero a tu barbudo amiguito.

CAPÍTULO VI

Dentro del avión, la doctora Parsons condujo a Dick Dickson por el pasillo hacia proa del aparato. Dick pasó un tanto rígido, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, evitando de este modo ver de nuevo a las muchachas que le contemplaban fijamente. Mirar a una de aquellas muchachas habría significado para Dick Dickson ver, una vez más, en todas, el rostro de la pequeña Gloria.

La doctora Parsons cerró la puerta que comunicaba el departamento de pasajeros con el de la tripulación, y abrió una de las puertas.

—Pasa… —murmuró—. Éste es mi camarín privado.

Dick entró tranquilamente. Por supuesto, en un avión de pasajeros no se podían hacer grandes maravillas con respecto a los alojamientos para el personal. Pero la doctora Parsons que, evidentemente, hacía muchos viajes, siempre al cuidado de las «ovejitas» que enviaban desde Estados Unidos a África, había sabido arreglárselas para conseguir un lugar confortable, alegre y hasta simpático.

Había una pequeña librería, junto a la cual se hallaba un silloncito que podía recibir la luz de una lamparita de pie. El suelo estaba alfombrado, en las paredes había bonitos cuadros de flores y, al fondo del pequeño camarín, un sofá que, evidentemente, podría convertirse en cama en el momento que conviniese.

Dick Dickson abarcó esto de un vistazo, y luego miró con gesto interrogante a Amy Parsons.

—¿En qué tengo que ayudarla, doctora?

—Siéntate… —señaló ella el sofá cama—. ¿Quieres tomar algo?

—Bueno… Aunque hace mucho calor, creo que me tomaría un *whisky*. Pero me gustaría que fuese con hielo. ¿Es posible?

—Aquí todo es posible —sonrió la doctora.

Y, en efecto, demostró, cuando menos, que era posible disponer de hielo. Había una pequeña nevera-maleta que ocupaba un rincón y que Dick se dio cuenta en seguida que funcionaba con gas. La doctora sirvió *whisky* en dos vasos, añadió los cubitos de hielo, y fue a sentarse junto a Dick, tendiéndole uno de los vasos.

—¿Es cierto que te gusta la negra? —preguntó.

Ante todo, Dickson se dedicó a beber un sorbo de *whisky*, que, en efecto, le sentó estupendamente. Por lo menos, de momento. Luego, al parecer muy satisfecho, miró sonriente a Amy Parsons.

—Bueno, doctora… Usted ya sabe. A veces, un hombre se encuentra solo y un poco deteriorado en el aspecto económico, y entonces cualquier cosa le parece buena. De todos modos, reconozca conmigo que Mabila es una chica más bien bonita.

—Pero… ¿a ti te gusta la carne negra?

—Me gusta más la blanca… —admitió Dick, tras reflexionar—. Pero conozco un refrán sudamericano que dice que a buen hambre no hay pan duro.

—¿Te parece a ti que yo soy pan duro?

Dickson se hizo el memo, mirándola vivamente.

—¿Qué quiere decir? —exclamó.

Vamos, vamos… —sonrió con una sorprendente dulzura la doctora—. No me digas que no has comprendido la clase de ayuda que necesito de ti.

—Pues no… Francamente, no.

—Al final vas a resultarme tonto —rió ella—. ¿Crees que te he traído a mi camarín privado sólo para invitarte a *whisky*?

—No. Ya he entendido que tenía que ayudarla en…

Amy Parsons utilizó su brazo libre para rodear el cuello de Dick Dickson, y antes de que éste pudiese reaccionar, la boca de la doctora estaba ya oprimiendo ansiosamente la suya. Inmediatamente, Dick comprendió que tenía entre las manos una formidable carta que jugar, así que se las arregló para dejar el vaso no supo dónde, y correspondió al abrazo de la doctora cumplidamente mientras le devolvía un beso que, finalmente, dejó sin aliento a Amy Parsons.

—Lo sabía… —jadeó ésta, cuando después de separarse de Dick recuperó el aliento—. Sabía que tú eras diferente.

—Diferente, ¿a qué? —Alzó las cejas Dick.

—Quiero decir que… Bueno, esos tres puercos de allá abajo quizá hayan pensado, en alguna ocasión, que podrían obtener algo de mí y, puesto que no ha sido así, deben tener pensamientos… muy diferentes a la realidad. Lo único que sucede con respecto a los hombres es que me gusta elegirlos. Y elegirlos bien.

—Ya. ¿Eso quiere decir que conmigo crees haber hecho una buena elección?

—Estoy convencida de ello. Es decir… —sonrió de nuevo, con aquella dulzura sorprendente—, casi convencida. Faltarían algunos… detalles finales para que mi convicción fuese total… ¿Cuál es tu nombre?

—Richard, Pero en los momentos felices puedes llamarme Dick —guiñó un ojo el norteamericano.

—Entonces, quisiera estar llamándote Dick en todo momento… ¿No vas a dejar tu vaso?

Dick lo miró, frunció el ceño, optó por terminarse el *whisky* de un trago, dejó su vaso y el de la doctora en un punto más estable, y regresó al sofá para reunirse con ella. Se sentó a su lado, y deslizó una de sus manazas hacia la blanca nuca de Amy Parsons.

—No sé si pretendes tomarme el pelo o qué… —murmuró—. Pero en lo que a mí respecta, siempre he tenido una especial preferencia por aquellas mujeres que parecían fortalezas inconquistables.

—No hay ninguna fortaleza inconquistable para un buen guerrero —deslizó Amy Parsons.

Dick asintió, la abrazó por la cintura y volvió a besarla en los labios. La doctora correspondió esta vez aún más apasionadamente, mientras se apretaba contra el musculado torso del norteamericano, casi temblando. Éste la apartó de pronto, dejándola turbada y desconcertada, y preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Tienes frío?

—No —casi tartamudeó Amy—. No tengo frío, no.

—Pues lo parece. ¿O quizá es que estabas bailando?

—No es momento de bailar, Dick —susurró ella.

—Pues ya ves lo que son las cosas. A mí siempre me ha gustado bailar, y no veo por qué este momento no sea adecuado para el baile… ¿Acaso se te ocurre alguna cosa mejor que hacer?

—¡Oh, Dick! —gimió Amy Parsons volviendo a apretarse contra él—. ¡Dick, Dick, Dick…!

* * *

La doctora Parsons, con el cabello suelto, permanecía inmóvil en la litera contemplando el techo. De pronto, volvió la cabeza hacia Dick Dickson, que yacía a su lado, y sonrió.

—¿Cómo te sientes, guerrero?

—Me siento perfectamente —aseguró Dick—. Simplemente, estaba pensando.

—Pensando…, ¿en qué?

—Te aseguro que en cosas que no tienen nada que ver con nuestro apasionado idilio. ¿O no te ha parecido apasionado el idilio?

—Ya lo creo que sí… —rió Amy Parsons, relucientes los ojos—. ¿En qué estabas pensando, Dick?

—No te molestes, pero estaba pensando precisamente en Mabila.

—¿En la negra? —Se oscureció el gesto de Amy Parsons—. ¿Por qué tienes que pensar en ella en momentos como éste?

—Bueno… Precisamente estaba pensando en el modo de deshacerme de ella. Llevo un tiempo viviendo a su costa en su casa, y francamente empiezo a estar cansado. Y se me ha ocurrido que ésta podía ser una buena oportunidad de… independizarme. Quiero decir, hasta cierto punto.

—No sé si te comprendo bien, Dick.

—Verás… Yo no conozco demasiado a Guy Debré, ya sabes a quién me refiero, ¿no?

—Sí, claro.

—Bien. Pese a no conocerlo demasiado, parece que él ha confiado en mí lo suficiente para encargarme de conducir hasta aquí ese camión cisterna. Por lo que estoy viendo y comprendiendo, yo diría que estáis todos metidos en un negocio que tiene que proporcionar grandes beneficios. ¿No es así?

—En efecto, así es.

—Pues he pensado que sería muy interesante para mí entrar de modo fijo y permanente en ese negocio. Soy un tipo discreto, creo que inteligente, sé pilotar un avión, conducir cualquier cacharro que ruede, soy capaz de arreglar cualquier motor… En fin, creo que

conmigo haríais una buena adquisición.

—¿Y ni siquiera preguntas cuánto cobrarías?

—Por poco que fuese —deslizó Dickson una mano sobre un seno de Amy Parsons—, tengo en este asunto un aliciente que me compensaría de cualquier pequeña diferencia económica.

—¿Significa eso que realmente te gusto?

—Vamos, vamos… —Se volvió también Dickson hacia ella—. No digas tonterías. Sabes perfectamente que sí.

—Entonces, vuelve a besarme, por favor —susurró Amy Parsons temblorosos los labios.

* * *

¿Otra vez estás pensando en la negrita?

—En la negrita, pero del modo que te dije antes. Me gustaría mucho quedarme con vosotros. Y no me hagas repetir lo que te dije antes, Amy.

—Está bien —asintió la doctora—. En cuanto hayamos terminado este viaje hablaré con Cary.

—¿Con quién?

—Con Cary… Cary Merton. Es el hombre al que debemos dar siempre cuenta de cualquier novedad que haya ocurrido durante el viaje.

—Quieres decir que es el jefe.

—¡Claro que no! —rió Amy Parsons—. Cary Merton es el receptor final. Vive en Asmara, en Gerlonan, 39. El es quien Jo dispone todo en la Arabia Saudita.

—¡Atiza! —exclamó bobaliconamente Dick Dickson—. ¿En la Arabia Saudita?

—Claro —sonrió la doctora—. ¿Quieres que te sirva otro *whisky*?

—Bueno, ya que te empeñas…

Riendo, ella pasó por encima de él, momento que aprovechó Dick para darle una palmada que restalló sonoramente en el camarín; ella emitió una risita de excitación, se puso por fin en pie y sirvió dos *whiskys*.

Luego fue a sentarse junto a Dickson, que continuaba tendido, y le entregó el vaso. Libre esta mano, Amy Parsons la pasó plana y despacio por el velludo torso del norteamericano.

—Eres muy fuerte —susurró.

—Sería más fuerte si tuviese dinero para alimentarme bien. Háblame de ese hombre llamado Cary Merton que vive en Asmara, Gerlonan, 39. Dices que no es el jefe sino sólo el receptor final. ¿Qué pasa, ahora, con la Arabia Saudita?

—Bueno… Este avión en el que estamos ahora tiene su destino precisamente allí, en la Arabia Saudita, unos cuantos kilómetros tierra adentro, y entre las localidades de Mestabah y Al Lith. Hasta ahora lo hemos venido haciendo así, y todo ha funcionado perfectamente.

—Es decir, que después de repostar aquí seguís durante toda la noche volando hacia Arabia Saudita, y aterrizáis a poca distancia del mar entre Mestabah y Al Lith. Y luego…

—Pues allí donde aterrizamos hay esperando siempre un par de camiones. Las chicas son cargadas en esos camiones y llevadas entonces hacia la costa. En la costa hay un gran yate, propiedad de uno de nuestros clientes, el cual se hace cargo de todas las «ovejitas», como dice McKinnon. Esas «ovejitas» son llevadas en el yate hacia el interior del mar Rojo, y una vez allí otros yates, e incluso algunos helicópteros o hidroaviones, pasan por la mañana a recoger a las chicas y a los clientes que las han estado esperando en el yate para seleccionar las que quiere cada uno.

—¡Caramba! —Movió la cabeza Dick Dickson—. Es todo un negocio bien montado y preparado, me parece a mí.

—No hay nunca ni un solo fallo. Ésta es la primera vez que tenemos un contratiempo… Por cierto, espero que Cary no se ponga nervioso y sepa afrontar la situación.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esta noche nos habrá estado esperando en vano en el lugar de aterrizaje, en la Arabia Saudita. De modo que habrá tenido que esconder los camiones y disponerse a esperar hasta que lleguemos. Lo que me imagino que habrá hecho es regresar con su helicóptero a Asmara, dejando los camiones en la Arabia Saudita esperando recibir alguna instrucción o algún mensaje nuestro.

—O sea, que en vista de que no habéis llegado esta noche pasada, él estará ahora en Gerlonan, 39, esperando noticias vuestras o de alguna otra persona que le tranquilice.

—Es de suponer que Cary tendrá la suficiente inteligencia para

hacer eso, en efecto.

—Esperemos que sí. No me gustaría que ahora que voy yo a entrar en este negocio, se fuese al carajo. Es decir, espero que me admitáis…

—Por mí estás más que admitido… —Se inclinó la doctora Parsons a besar a Dick en un pectoral—. Pero, claro, lo mejor será que yo le hable a Cary, y que luego él hable contigo.

Supongo que un hombre de tus… condiciones será inmediatamente admitido.

—Cuento con tu apoyo para que me admitan, por supuesto.

—Claro que sí —susurró Amy.

—Bien… Bueno, me estoy preguntando quién será el jefe.

—Yo también me pregunto eso —rió la doctora—. Pero todo lo que sé es que cada determinado número de semanas alguien me llama a mi apartamento, y me dice que debo presentarme en tal sitio para abordar el avión a fin de, durante el viaje, asegurarme de que las chicas están todas en perfecto estado de salud, y cuidar a aquellas que se indispongan debido precisamente al viaje. Llegamos aquí, hacemos la escala, proseguimos luego hacia la Arabia Saudita, desembarcamos a las chicas, repostamos de nuevo con el camión-cuba que nos tiene preparado Cary Merton, volvemos de nuevo adonde estamos ahora y, tras repostar otra vez, regresamos a Estados Unidos.

—De modo que no sabes quién es el gran cerebro director de esta orquesta sexual.

—Pues no —rió otra vez la doctora—. No lo sé. Yo sólo conozco, como relativamente importante, a Cary Merton.

—Ya. ¿Y de quién es el avión?

—No tengo ni la menor idea. Y si quieres que te diga la verdad, no siento interés por saberlo. Ya es suficiente con que conozca a Cary Merton. Y para ser del todo sincera contigo, preferiría no conocerlo ni siquiera a él.

—Entiendo… —asintió Dick Dickson—. Bueno, aquí dentro hace cada vez más calor…

¿Qué te parece si salimos a dar un paseo?

—¿Por qué no? —aceptó Amy Parsons.

—Aunque creo que, antes de salir de aquí, tendríamos que aclarar las cosas con Simpson. Estoy hasta las narices de que me

mire como si fuese su prisionero, o casi su esclavo. Quiero que me deje en paz, y que me devuelva la pistola.

—Será mejor que yo hablé con él —asintió la doctora—. De todos modos, tómatelo con calma, y ve aceptando, de momento, las cosas tal como son. Comprende que Simpson no puede tomar decisiones por su cuenta, ni confiar en nadie a quien no se le haya presentado formalmente, como fue el caso de Guy Debré y del otro, del alemán… No recuerdo cómo se llama.

—Pues yo no sé ni de quién me hablas —encogió los hombros Dickson—. ¿Te parece que vaya a buscar a Simpson par que venga aquí y le hables en privado, respecto a nuestro asunto?

Amy Parsons vaciló un instante, y acabó por hacer un gesto de asentimiento.

Está bien, pero procura tardar tres o cuatro minutos por lo menos… No tengo el menor deseo de que ese puerco me vea desnuda.

—Le entretendré el tiempo suficiente —asintió Dickson.

Se vistió él rápidamente, mientras terminaba el *whisky*, y salió del camarín de la doctora. Cuando recorrió de nuevo el pasillo, las «ovejitas» continuaban escuchando las informaciones que impartía ahora Netty. Las muchachas escuchaban con los ojos muy abiertos, interesadas profundamente en el tema, pese a lo grave de su situación. Posiblemente en aquellos momentos ni siquiera se daban cuenta de cuál era ésta.

En uno de los asientos, Susanne y Roberta vieron pasar a Dickson hacia la puerta, y las dos le saludaron, e incluso Roberta le guiñó un ojo y comentó:

—¿Qué? ¿Cómo ha ido la visita al médico? ¿Estás sano, pimpollo?

Las dos se echaron a reír, interrumpiendo así la atención que las muchachas prestaban a Netty. Ésta frunció el ceño, pero tras la breve interrupción continuó con su explicación anatómica acompañada de diapositivas que se proyectaban en la pantalla donde antes habían visionado la película.

Nada más llegar al hueco de la puerta del avión, Dick Dickson se dio cuenta de que Mabila no estaba allí.

Tampoco estaban Levine y McKinnon.

Pero sí estaba Wendell Simpson, tumbado y fumando

tranquilamente, con la mirada perdida. Debió notar la presencia de Dickson en la puerta del avión, porque volvió la cabeza hacia allí, y saludó con una mano.

Dick Dickson bajó rápidamente la escalera metálica, y se acercó a su compatriota.

—¿Dónde están McKinnon y Levine? —preguntó.

—Bueno… Fueron a dar un paseo.

—¿Y Mabila?

—Pues… Me parece que también ha ido a dar un paseo.

Dick Dickson se quedó mirando fijamente a Simpson. Por fin asintió con un gesto, y señaló con el pulgar por encima del hombro hacia el avión.

—La doctora Parsons quiere hablar urgentemente contigo.

—¿Conmigo también? —sonrió irónicamente Simpson—. ¡Vaya! Seguramente querrá que la ayude también a hacer alguna cosa, aunque me sorprende, porque hasta ahora nunca ha requerido mi ayuda para nada.

—Déjate de estupideces y vamos a hablar con ella.

Riendo, Wendell Simpson se puso en pie y echó a andar hacia el avión. Dickson se puso a su lado, pero cuando llegaron ante la escalerilla ocupó el primer lugar para subir, acto al que Simpson no concedió la menor importancia.

Y debió habérsela concedido.

Porque cuando llegó arriba, Dick Dickson le estaba esperando, con intenciones verdaderamente siniestras. Intenciones que Wendell Simpson no comprendió, ni siquiera sospechó, cuando Dick Dickson se colocó tras él, le rodeó los hombros con un brazo y con la otra mano le asió la barbilla.

—Pero ¡qué demonios…! —empezó Simpson.

Dickson hizo girar con terrible fuerza la barbilla de Simpson, mientras con el otro brazo lo mantenía apretado contra su pecho. De este modo, el cuerpo no pudo seguir la violenta torsión que Dick imprimió a la barbilla, y, por tanto, a la cabeza de Simpson… El cuello crujió, la nuca se partió y Wendell Simpson quedó muerto instantáneamente, colgando de los brazos del norteamericano el cual, sin vacilación ninguna, empujó el palpitante cadáver por el hueco del avión.

—¡Simpson! —gritó—. ¿Te has hecho daño, Simpson?

Naturalmente, Wendell Simpson no contestó, pero Dickson continuó llamándole.

—¡Contesta, maldita sea tu estampa! ¿Qué te pasa?

Sus gritos, naturalmente, fueron oídos dentro del avión, y en pocos segundos Susanne, Netty y Roberta aparecían tras él, y a muy pocos pasos, acabando de ponerse la blusa, la doctora Parsons.

—¿Qué pasa? —exclamó Roberta.

—Pues he ido a buscar a Simpson para que hablase con la doctora Parsons, y cuando hemos llegado arriba no sé qué ha ocurrido… Supongo que ha resbalado y ha caído. Voy a ver qué pasa.

Se lanzó escaleras abajo, saltó los últimos travesaños, cayendo junto a Simpson, y tras examinarlo rápidamente, alzó la cabeza mostrando un gesto sobresaltado en su rostro.

—¡Me parece que está muerto! —gritó—. Será mejor que baje, doctora. —¿Dónde están Levine y McKinnon?— preguntó Roberta todavía arriba.

—Y yo qué sé… —farfulló Dickson—. Voy a llamarlos.

Se puso en pie, se volvió hacia la parte más densa del arbolado, y gritó:

—¡Eh, McKinnon, Levine, venid en seguida, Simpson está muerto! ¿Me oís? ¡Venid ahora mismo! ¡Simpson ha muerto!

No hubo respuesta alguna, pero Dick Dickson continuó llamando…

Y mientras llamaba, pensaba que si tan sólo cinco segundos más tarde no recibía respuesta, agarraría la pistola de Wendell Simpson, y con ella iría en busca de los dos cerdos cuya actividad se estaba imaginando perfectamente.

* * *

Finalmente, pese a la felina resistencia de Mabila Ntor, Levine y McKinnon habían conseguido dominarla a puñetazos y puntapiés, y en aquellos momentos la bellísima negra yacía en el suelo, prácticamente desnuda, con las ropas desgarradas, y amordazada. Le habían introducido en la boca parte de su propia ropa, y con otro trozo la habían amordazado. Luego, habían utilizado unos cordeles para sujetarla de forma apropiada entre unos arbustos que había en el espeso bosque.

Riendo agudamente, McKinnon se disponía a ser el primero en obtener los frutos de su facilísima victoria, mientras, desde el suelo, Mabila le contemplaba con expresión desorbitada.

Fue justo entonces cuando, amortiguada, desde donde estaba el avión, naturalmente, llegó aquella voz diciendo algo que los dos hombres primero no entendieron, y luego se resistieron a creer.

—Es Dickson… —murmuró Levine—. Y está diciendo que Simpson ha muerto.

—¡Tonterías! —Gruñó McKinnon—. ¿Qué quiere decir que Simpson ha muerto? Estaba tan tranquilo y campante descansando allí, cuando nos hemos traído a la negrita para jugar un rato con ella.

—Pero puede haber pasado algo —exclamó Levine.

—¡Tonterías! Ve tú si quieres saber qué pasa. Y cuando te hayas convencido de que no pasa nada, vuelve, que habrá llegado tu tumo.

Levine vaciló, y finalmente optó por aceptar la sugerencia de su bestial compañero, así que echó a correr de regreso hacia el avión.

McKinnon se arrodilló junto a Mabila, y le pasó delicadamente una mano por el terso vientre.

—¡Qué barriguita más preciosa! —dijo con tono juguetón—. ¿De quién es esta barriguita tan negrita y bonita?

Por supuesto, Mabila no podía contestar. Ni podía resistirse a nada de lo que en aquellos momentos quisiera hacer Jerry McKinnon.

Y lo que éste quería hacer con Mabila Ntor estaba clarísimo. Su intención era evidentísima, y estaba ya junto a la muchacha, besándola, cuando por detrás de él llegó el grito, seco y breve:

—¡McKinnon!

McKinnon se puso en pie, sobresaltado, y se volvió hacia el lugar de donde había llegado la voz.

¡*Crack*!, restalló el disparo efectuado por Richard Dickson.

McKinnon recibió el balazo en el centro de la frente, y sólo tuvo tiempo de emitir un brevísimo grito mientras saltaba hacia atrás como si hubiesen tirado de él por medio de una cuerda sujeta a su cuello, hasta el punto de que, en la breve trayectoria, sus pies quedaron en un momento más altos que la cabeza. Cayó sobre ésta, rebotó y luego quedó tendido de cara al cielo, con los ojos abiertos

como si de un momento a otro fuesen a saltar de las órbitas.

Dick llegó corriendo junto a Mabila, y se acuclilló a su lado mirándola ansiosamente. Ella movió la cabeza en un gesto negativo y el norteamericano se tranquilizó, y cerró por un instante los ojos.

Luego le quitó la mordaza, y cuando ella iba a hablar se llevó un dedo a los labios, recomendándole silencio.

—No digas nada —musitó Dickson—. Ya he comprendido lo que intentaban hacer, pero por fortuna no han podido conseguirlo. Por lo demás, ¿estás bien?

—Sí —suspiró Mabila Ntor—. Estoy bien, Dick.

—De acuerdo. Vamos a volver junto al avión. Hay suficientes novedades como para que la situación vaya desarrollándose de un modo más conveniente a nosotros que a ellos.

CAPÍTULO VII

Por supuesto sin ninguna ceremonia, los cadáveres de Wendell Simpson y Jerry McKinnon fueron enterrados, más bien de cualquier manera, hacia el interior del bosque. En este trabajo colaboró activamente Conrad Levine, que dirigía frecuentes miradas de odio a Dick Dickson.

Tenía sus buenos motivos. Cuando corría hacia el avión para ver qué había de cierto en la muerte de Simpson, se había tropezado con Dick, y había intentado impedirle que fuese a molestar a Jerry McKinnon con Mabila. Pero todo lo que había conseguido fue un tremendo puñetazo que casi le partió la mandíbula y lo dejó sin sentido. Cuando lo recuperó, Conrad Levine se encontró con el desagradable panorama de que se encontraba desarmado, que dos de sus compañeros habían muerto y que él estaba simplemente a merced del barbudo norteamericano.

Que, por cierto, y sin duda alguna, era allí el más capacitado para tomar el mando en todos los aspectos. Por el momento, no se metió con Susanne, Netty y Roberta en cuanto a su cometido con las «ovejitas»; tampoco molestó en absoluto a la doctora Parsons, sino que más bien continuó simulando un cierto afecto especial hacia ella. En cuanto a Mabila, que después de ser desatada por él había recibido instrucciones concretas, sabía muy bien a qué atenerse, y tuvo la inteligencia necesaria para no interferir en las relaciones óptimas entre la doctora y Dickson, que tanto convenían a éste.

La decisión que tomó Dick Dickson, una vez enterrados Simpson y McKinnon, sobresaltó a la doctora Parsons, a Levine, y a las profesoras de las «ovejitas»:

—Vamos a despegar dentro de una hora.

—¡Pero si es completamente de día! —exclamó Levine—. No

podemos arriesgarnos a mover el avión hacia el centro del calvero y que nos vean. Y tampoco es conveniente volar de día, pues seremos detectados por las torres de control de varios aeropuertos que…

—Nadie tiene que enseñarme nada a mí respecto a volar, Levine —cortó secamente Dick Dickson—. Sé muy bien por dónde, cómo y cuándo, volar. En cuanto a llevar el avión junto al camión-cuba para bombear el combustible, no va a ser necesario. He estado pensando en la avería, y creo que puedo solucionarla en cuestión de poco tiempo.

En efecto.

Para asombro primero, y desconfianza después, de Levine, la doctora Parsons, y las tres profesoras, Richard Dickson reparó el camión-cuba en cuestión de diez minutos, y entonces lo condujo hacia la arboleda, ocultándolo y deteniéndolo junto al avión. Ayudado por Conrad Levine, el americano efectuó el bombeo del combustible a los depósitos del avión, y luego llevó el camión a donde no molestase para efectuar la maniobra de viraje del avión y enfilarlo hacia el calvero que serviría de pista…, si se evitaba el hoyo en el que la noche anterior, naturalmente a propósito, había metido Dick Dickson el camión.

En resumidas cuentas, que cuando todos fueron a darse cuenta estaban volando de nuevo, y esta vez con Dick Dickson a los mandos y Conrad Levine sentado a su lado, sirviéndole de ayudante. Y todo esto sin que Conrad Levine dejase de dirigirle furiosas miradas que no podía impedir dejasen traslucir su odio.

Un odio que, por supuesto, Dickson captó, aunque simuló no percibir. Sabía perfectamente que Levine estaba esperando que él llevase el avión a destino, y que entonces, recurriendo a la ayuda de los hombres de los camiones que estaban esperando en Arabia Saudita, pensaba darle su merecido. Y su merecido, a juicio de Conrad Levine, ciertamente, no podría ser otro que la muerte.

Pero mientras tanto el avión seguía volando sobre África, de oeste a este, es decir, que no sólo estaban recorriendo una distancia mínima de seis mil kilómetros, sino que acudían al encuentro de la noche.

—¿A qué hora calculas que llegaremos? —preguntó en determinado momento Conrad Levine.

—No puedo saberlo exactamente, pero desde luego será

completamente de noche… Y calculo que no será antes de las diez. De todos, tranquilízate, estamos volando hacia la noche, así que el tiempo que estaremos expuestos a que nos vean será el mínimo. Voy a colocar el piloto automático y a hablar un rato con la doctora Parsons…

¿Crees que podrás arreglártelas sin mí durante unos minutos?

—No estoy muy seguro de ello —se alarmó Levine.

—No es en absoluto complicado… —sonrió burlonamente Dick Dickson—. Sólo tienes que vigilar que todos los indicadores estén funcionando como ahora. Si notases algún cambio ostensible, vienes a avisarme inmediatamente. Por lo demás, tranquilo.

—Bueno… —vaciló Conrad Levine.

—Te aseguro que no hay ningún problema —insistió Dick Dickson—. Simplemente, vigila todos los indicadores.

Abandonó la cabina de mandos, y fue a la parte de popa donde estaban los compartimientos del personal de vuelo y servicios. Sin molestarse en llamar, empujó la puerta del camarín de la doctora Parsons, y entró.

La doctora Parsons no estaba sola. Con ella estaba la pequeña Rosie, completamente desnuda y muy pálida. La doctora, que la estaba reconociendo, se volvió vivamente, y dirigió una centelleante mirad a Dickson.

—¿Qué quieres? —exclamó.

—Quería hablar contigo un momento… —murmuró Dickson, desviando la mirada de Rosie, que no sabía cómo ocultar su cuerpo —. ¿Qué le ocurre a esta jovencita?

—Se siente mal. Ha estado vomitando, y ahora dice que le duele todo el cuerpo. La estaba examinando.

—Comprendo. Bien, que se vista y que se vaya con las demás. Es urgente que tú y yo hablemos ahora.

La doctora estuvo unos segundos mirando fijamente a Dick. Por fin, asintió con la cabeza, devolvió las ropas a Rosie, y ésta, tras vestirse apresuradamente, abandonó el camarín.

Dick se sentó en el borde de la litera, y se quedó mirando a Amy Parsons.

—Me parece que, aunque no toda, Simpson y los otros tenían parte de razón con respecto a ti y las chicas bonitas… ¿No es así, Amy?

—¿Qué puede importarte eso a ti, si en los buenos momentos sé corresponderle? —sonrió la doctora. Sí… Es un punto de vista razonable el tuyo, supongo— encogió los hombros Dick Dickson. —Pero, en definitiva, estoy metido en un avión que yo más bien diría que es un nido de cucarachas que están llevando flores para los cerdos.

Amy Parsons tardó unos instantes en comprender. Entonces, tras parpadear, musitó:

—¿Me has llamado cucaracha?

—Así es. —Dick se puso en pie, y se acercó a ella—. Y a las cucarachas, querida doctora Parsons, se las aplasta.

Amy Parsons abrió la boca, pero Dick Dickson se la cerró por el rudo procedimiento de golpearla en la barbilla con su puño derecho. Fue un impacto medido, controlado.

Tan medido y tan controlado que, como el ex boxeador había pretendido, Amy Parsons cayó hacia atrás privada instantáneamente del conocimiento.

Pasando con indiferencia por encima del cuerpo de la doctora, Dick abandonó el camarín, cerrando suavemente la puerta de éste. Segundos después, aparecía en el compartimiento de viajeros de la clase turística, donde Netty estaba dando prolijas explicaciones sobre su materia preferida y que, en efecto, parecía dominar. A juzgar por las diapositivas de la pantalla, que no podían estar más claras, la profesora no se andaba con remilgos a la hora de las explicaciones respecto al modo y manera en que las «ovejitas» debían complacer a sus propietarios.

Al verlo aparecer a él, Netty calló y se quedó mirándolo. En uno de los asientos, Roberta y Susanne también miraron fijamente al americano que, como ignorándolas, fue directo al asiento que ocupaba Mabila junto a una de las muchachas.

—¿Quién está gobernando el avión? —preguntó, por fin, con voz aguda, Netty.

Dickson se volvió a mirarla con el ceño fruncido, y masculló:

—Tú ocúpate de tus asuntos que yo sé ocuparme de los míos. Si estoy aquí es que el avión está funcionando perfectamente. ¿Comprendido?

Netty pareció asustarse, y asintió con la cabeza. Desentendiéndose de ella, Dickson se inclinó hacia Mabila, y

murmuró:

—Ve hacia la popa del aparato y busca en algún compartimiento cuerdas o cordeles fuertes, o alambres, y ve con todo ello al camarín de la doctora Parsons.

—Sí, Dick —asintió la bella negrita—. ¿Lo hago ahora?

—Ahora mismo. Te estoy esperando allí.

Mabila Ntor se puso en pie, salió al pasillo y se dirigió hacia la popa del aparato.

—¿Adónde vas tú? —le gritó Netty.

—Ella va a hacer lo que yo le he dicho —replico por cuenta de Mabila Dick Dickson—. Y vosotras también vais a hacer lo que yo diga. Por el momento tengo que hablaros a las tres sobre cierto asunto muy importante. Así que venid conmigo.

Recorrió el pasillo, seguido por las tres profesoras, y tan sólo al abrir la puerta éstas vieron en el suelo a Amy Parsons.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Susanne.

—Entrad las tres, y os diré cómo están las cosas —insistió Dickson.

Y mientras hablaba, puso la mano en la espalda de Susanne, que estaba en último lugar, y por el sencillo procedimiento de empujarla a ella, empujó a las tres, duramente, hacia el interior del camarín. Entró él, cerró la puerta y se quedó mirándolas con una socarronería que a la profesora le pareció maldad llegando a un grado de perversidad.

Bueno, queridas profesoras, vuestras clases han terminado. Y me parece que tardaréis unos cuantos añitos en volver a ocuparos de la enseñanza. Quisiera no tener que golpearos, como he hecho con la doctora Parsons. Ella es fuerte, y ha resistido el golpe. Por otro lado, como estaba sola, he podido controlarme bien y preocuparme de no pegar demasiado fuerte. Pero si tengo que empezar a golpearos a las tres, quizá uno de los golpes haga más pupa de la que realmente quisiera hacer. ¿Me habéis comprendido?

—No… —Movió la cabeza Roberta—. No te hemos comprendido.

—Pues es muy sencillo. Dentro de un momento va a venir mi negrita con unas cuerdas, cordeles, o alambres, y os voy a atar a las tres y os voy a amordazar. Haré lo mismo con la doctora. ¿Queréis que lo haga suavemente y a las buenas, o preferís que os golpee

como a Amy y, cuando despertéis, os encontréis atadas de todos modos?

—Pero… ¿Qué es lo que pasa? —exclamó Susanne—. ¿Qué es lo que pretendes, Dickson?

—¿Os suena el nombre de Gloria Dickson? —murmuró el americano.

—¡Claro que no! —exclamó Netty—. Nosotras nunca sabemos los nombres de…

¿Dickson?

—Así es. Gloria Dickson, mi hermana.

Las tres profesoras palidecieron a la vez, y se quedaron mirando con expresión desorbitada al barbudo gigante que se les aparecía, ahora, bajo un prisma bien diferente. Por supuesto, la comprensión tuvo que llegar finalmente al entendimiento de las tres muchachas.

—¿Nunca sabéis los nombres de las chicas que lleváis a la Arabia Saudita? —inquirió Dickson.

—No… —murmuró Netty—. No, nunca.

—Entonces… ¿Qué es lo que sabéis, en concreto, de todo este asunto?

—Nada… —Movió la cabeza Susanne—. En realidad, sabemos muy poca cosa. Claro está que sabemos perfectamente que todas estas chicas son trasladadas para ser vendidas a hombres muy ricos, que seguramente las compran en lotes, y las llevan luego a sus palacios, oasis, o donde sea… Pero no sabemos nunca los nombres de las muchachas, ni de los compradores. Nosotras vivimos en Saint Louis, y cuando se nos avisa de que va a llegar un avión, acudimos al sitio donde aterriza, lo abordamos, y durante toda la noche, mientras estamos volando desde Saint Louis hasta la Arabia Saudita, les vamos enseñando lo mismo que has estado escuchando hasta ahora. Luego, nos traen de regreso, y volvemos a vivir tranquilamente en Saint Louis hasta que vuelven a avisamos de que llega otra… Bueno, otro grupo de muchachas.

Dickson asintió con un gesto, y tras permanecer unos segundos reflexivo, musitó:

—Pero sí sabréis, al menos, qué es lo que hacen con ellas después de… tenerlas como invitadas durante algún tiempo.

Las profesoras se miraron una a otra con gesto tenso, y luego las tres bajaron la mirada, sin contestar a Dickson. Pero éste, de un

manotazo, asió por la ropa del pecho a Netty, que era la que estaba más cerca de él, y la atrajo rudamente.

—¡Contesta! —exigió.

—Es que… Bueno, depende mucho de cómo sea la muchacha, pero tenemos entendido que después de haber sido utilizadas durante un tiempo, las…, las matan. ¡Las matan! —gimió Dick Dickson.

—Bueno… Algunas viven bastante tiempo… Ya te digo que según entendemos depende mucho de la habilidad o… simpatía con que la chica sepa corresponder a las… atenciones que recibe de su propietario…

Quien quedó ahora lívido como un muerto fue Dick Dickson. Se echó hacia atrás, quedando apoyado de espaldas a la puerta, y cerró los ojos.

La pequeña Gloria había muerto. Lo sabía ya con toda certeza. Desde que desapareciera, habían pasado más de dos meses… Y en ese tiempo, cualquiera que hubiese sido el propietario de la pequeña Gloria habría tenido que comprobar que había hecho una malísima adquisición, pues la muchacha era de las que jamás se habrían doblegado a ninguna circunstancia que le desagradase. Podían obligarla, como a todo el mundo, a cien mil cosas. Pero si ella no las deseaba, nunca las haría de buen grado. Por lo tanto, y conociendo perfectamente a su hermana, Dick Dickson llegó a la desconsoladora conclusión de que ésta había sido ya asesinada.

Así estaba, sumido en estos pensamientos, notando frío y rígido el rostro, cuando la puerta le empujó un poco. Se apartó y dejó entrar a Mabila, que llegaba cargada con un montón de cuerdas de plástico y alambres.

—He encontrado esto en… ¿Qué te pasa? —exclamó la negrita.

—Nada… —murmuró roncamente Dick Dickson—. No me pasa nada. Vamos a atar y amordazar a estas canallas.

Así lo hicieron, y después de dejar bien atadas y amordazadas a las cuatro mujeres, Dickson y Mabila abandonaron el camarín de la doctora Parsons. Regresaron a donde estaban las muchachas, y Dickson señaló hacia proa.

—Vigila, no fuese que a ese idiota de Levine se le ocurriese abandonar los mandos y venir a ver por qué estoy tardando tanto.

—Sí, Dick.

Mabila quedó ante la entrada, de modo que podía ver y oír lo que dijese Dickson y, al mismo tiempo, estar atenta a la llegada de Levine, lo que habría significado una grandísima imprudencia que cabía esperar no fuese cometida por el canadiense, aunque sólo fuese pensando en su propia vida.

—Está bien… —dijo Dick Dickson, dirigiéndose al grupo de muchachas que le miraba expectante—. ¿Cuál es la mayor de todas vosotras?

En su asiento, Hortense Harrison parpadeó, y acto seguido se puso impulsivamente en pie.

—Yo soy la mayor. Me llamo Hortense Harrison.

—Está bien, señorita Harrison, siéntese usted aquí, en este asiento, lo más cerca posible de mí. Aunque quiero que sean todas las que escuchen atentamente lo que voy a decirles.

Durante diez minutos, y mientras proseguía el vuelo hacia el este de África, Richard Dickson estuvo explicando a las jovencitas cuál era…, o cuál se suponía que habría sido su destino, de no haber intervenido él en el asunto. Naturalmente, ellas estaban ya bien enteradas de ello, pero no de los pormenores que estuvo explicándoles el americano.

Después de las explicaciones, vinieron las instrucciones respecto a lo que todas tendrían que hacer en cada momento, de acuerdo a las propias acciones de Dick Dickson. Y cuando éste hubo terminado con las explicaciones, tras pasear la mirada por todo el grupo femenino, la fijó definitivamente en la encantadora Hortense Harrison.

—Supongo que lo han entendido todas bien, pero quiero estar seguro de que, cuando menos, lo ha entendido usted, señorita Harrison.

Ésta asintió, se puso en pie y se acercó al americano, cuyas manos tomó impulsivamente.

—¿Cómo podríamos agradecerle todo lo que ha hecho por nosotras, señor Dickson?

—Pues, simplemente, haciendo todo lo que les estoy diciendo que hagan.

—Sí… —Los bellos párpados de Hortense Harrison se movieron velozmente—. Pero yo creo que no debemos limitarnos a eso. Nuestro agradecimiento, o al menos… el mío personal, tendría que

ser manifestado de modo mucho más expresivo.

—No comprendo —frunció el ceño Dick Dickson.

—Bueno…, quiero decir que todas nosotras, al principio, pensamos que usted era uno de los canallas de este grupo. Pero puesto que no es así… Bien, lo que yo quisiera decir es que me parece que todas quisiéramos volver a verle en alguna ocasión, para agradecerle…

—La entiendo, señorita Harrison… —Miró intensamente Dickson los bellísimos ojos de la muchacha—. Y quizá nos volvamos a ver.

—Me gustaría tanto… —susurró Hortense Harrison—. Nunca he conocido un hombre como usted, que haya sido capaz de hacer todo lo que usted ha hecho.

—Bueno… Tampoco hay que exagerar, señorita Harrison.

—¿Exagerar? Yo creo que es usted el único hombre en el mundo capaz de hacer, solo, todo lo que ha hecho. Y quiero darle las gracias muy efusivamente en nombre de todas nosotras.

Dicho esto, Hortense Harrison se empinó sobre las puntas de los pies y, tras colgarse del cuello de Dick Dickson, lo besó en los labios. Fue un beso más bien breve, pero de indudable calidad y profundidad. Cuando se separó, Hortense Harrison estaba un poco sofocada y, sin decir palabra, fue a ocupar de nuevo el asiento que antes le había asignado Dick. Mabila apartó su hosca mirada de la bella muchacha americana y se quedó mirando a Dick…, el cual estaba contemplando fijamente a Hortense Harrison.

De pronto, Dick Dickson dio media vuelta y abandonó el departamento de pasajeros para dirigirse a la cabina de mandos.

Cuando apareció en ésta, Conrad Levine volvió la cabeza y tras contemplarle con los ojos muy abiertos, farfulló:

—¡Ya era hora, maldita sea! ¿Qué demonios has estado haciendo con esa lesbiana?

Conrad Levine sólo tuvo tiempo, un instante, de contemplar asombrado a Dick Dickson, que blandía la mano derecha por encima de su cabeza. Acto seguido, y cuando Levine iba a comenzar a pensar en la extraña postura rígida de aquella mano, ésta cayó sobre su frente, con un golpe seco que lo fulminó instantáneamente sin conocimiento.

Dickson lo sacó de su asiento en la cabina agarrándole por la

ropa del cuello, y lo sacó al pasillo. Allí le estaba esperando Mabila Ntor, que no necesitaba recibir de nuevo instrucciones del americano para saber lo que tenía que hacer. Esto es, atar y amordazar sólidamente también a Conrad Levine y llevarlo a otra de las cabinas, donde efectuaría el resto del viaje hasta el destino adonde Richard Dickson pensaba llevar el avión que se había estado utilizando para transportar flores para los cerdos.

CAPÍTULO VIII

En su apartamento de Gerlonan, 39, en Asmara, Etiopía, Cary Merton respingó cuando sonó el timbre de la puerta. Estuvo unos cuantos segundos indeciso, y finalmente fue hacia allá, asegurándose una vez más de que la pistola estaba bien oculta y, sin embargo, a mano, bajo su axila izquierda.

—¿Quién es? —preguntó a través de la puerta.

—Señor Merton… —Oyó la voz femenina, en aceptable inglés—. Me llamo Mabila Ntor, y soy amiga de la doctora Parsons.

Conteniendo una exclamación, Cary Merton abrió la puerta y se quedó mirando con gran interés a la bellísima negra que tenía ante él. Ésta dirigió una mirada hacia el interior del apartamento, y volvió a clavar en él sus grandes ojos de un color castaño dorado extraordinarios.

—¿Está usted solo, señor Merton?

—Sí… —asintió nerviosamente Cary Merton—. Sí, estoy solo. Pase.

La muchacha negra entró en el apartamento, esperó a que Merton cerrase la puerta y entonces dijo rápidamente:

—Pues tiene verdadera suerte de estar solo, porque lo normal tendría que ser que ya le hubiese detenido la policía etíope. Claro que para ello hay muchos trámites que cumplir, pero según me dijo la doctora Parsons, todo este asunto está pasando a manos de la Interpol y del FBI, que ha sido quien lo ha detectado en primer lugar.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Merton palideciendo.

—Vamos, vamos… Ya le he dicho que soy amiga de la doctora Parsons. Ella pudo escapar del avión y, naturalmente, acudió a mi domicilio en Saint Louis. Pero los demás han sido todos capturados,

señor Merton.

—¿Quiénes son los demás?

—Está bien… —Frunció el ceño Mabila Ntor—. Si usted tiene tiempo para perder, yo también. Los demás son Wendell Simpson, Jerry McKinnon, Conrad Levine… Después, están las tres profesoras que tenían que haber hecho el viaje en avión una vez más hasta la Arabia Saudita, y que son Susanne, Netty y Roberta; y por si quiere saber más, también están detenidos Guy Debré y Marius Stolz, es decir los dos hombres que…

—¡Basta! —jadeó Cary Merton—. Basta, me ha convencido. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Bueno… Todo lo que yo sé de lo que ha pasado puede usted va comprenderlo por lo que acabo de decirle. Estaban esperando al avión y al camión-cisterna que debía repostarle combustible. Por fortuna, aprovechando la parada, la doctora había bajado a tierra con una de las chicas secuestradas en Estados Unidos, y pudo escapar en la oscuridad. Yo creo que, en estos momentos, todos los que han sido capturados deben estar dando muchas explicaciones a la policía senegalesa. Y puesto que ya le he dicho que todo ha sido iniciado por el FBI, el cual, a su vez, ha movilizado a la Interpol, informándole de lo que sabe, yo creo que lo mejor que puede usted hacer es escapar. ¿No está de acuerdo, señor Merton?

—Pero… ¿Cómo es que está usted aquí? ¿No dice que tiene su domicilio en Saint Louis?

—En efecto. Pero esta misma mañana, después de dejar bien atendida y escondida a la doctora Parsons, tomé el primer avión de la African Airlines que salía para Addis-Abeba. Y desde Addis-Abeba he conseguido tomar otro que hace menos de una hora ha aterrizado en Asmara. Por cierto, señor Merton, que la doctora Parsons me dio algo de dinero, pero se me ha terminado. Tendrá usted que darme lo suficiente para poder regresar a Saint Louis.

Cary Merton, que se había dejado finalmente caer en uno de los sillones de la salita, alzó la cabeza y miró fijamente a Mabila.

—¿Le dijo algo más la doctora Parsons para mí?

—Pues, no. Pero lo que dijo fue suficiente. Entiendo que hay un yate esperando en aguas del mar Rojo… Y parece ser que sería conveniente que usted tomase decisiones respecto a ese yate. Como es natural, la policía senegalesa, la Interpol, el FBI, o todos juntos,

conseguirán que los detenidos les expliquen completamente todo el asunto.

—Sí… —asintió sombríamente Merton—. Sé muy bien que una vez capturados todos, explicarán cuanto saben. Sí, lo harán.

—Sin duda alguna —asintió Mabila Ntor—. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero, según parece, la opinión de la doctora Parsons es que usted debería avisar a… Bueno, a quien corresponda, de lo que está sucediendo, a fin de que se tomen las medidas oportunas.

—Entiendo —asintió Merton—. Sí, habrá que avisar, pero… ¿de qué serviría avisar si dejásemos detrás nuestro a unas personas que están demasiado enteradas de todo?

—¿A quiénes se refiere? —Alzó las cejas Mabila—. A mí no me pareció que la doctora Parsons supiese demasiado. Me dijo que la única persona que conocía ella relativamente importante de todo esto era usted. Así que…

—No me refiero a Amy Parsons y a los demás. Ésos no saben prácticamente nada de nada. Me refiero a los clientes.

—¿A quiénes?

—A los árabes, y de otras razas, que están ahora en un yate en el mar Rojo, efectivamente, esperando que les llevemos la mercancía.

—Me parece que no comprendo muy bien.

—Quiero decir que si ese yate es detenido con todos sus ocupantes, éstos sí podrían decir muchas más cosas que Amy Parsons y los otros. La doctora Parsons sólo me conoce a mí, en efecto, al menos que yo sepa. De modo que, si yo desaparezco, el peligro para quienes realmente cuentan en este asunto, también desaparecerán. Pero puesto que la doctora Parsons sabe lo del yate, es muy probable que haya hecho algunos comentarios con los otros sobre ese yate, y en ese caso no creo que las autoridades, sean cuales sean, tarden mucho en localizarlo en el mar Rojo. Y posiblemente harán lo mismo con los camiones… Pero, bueno, los camiones no tienen ninguna importancia, porque sólo hay allí personal asalariado, que hace un trabajo y eso es todo. Lo grave son los clientes.

—Me parece que ahora sí entiendo. Los clientes que hay en ese yate sí conocen la procedencia de las muchachas, y por lo tanto digamos… la jefatura o cerebro organizador de todo este

contrabando de blancas.

—Eso es —asintió Cary Merton—. Y resulta muy muy peligroso. No sólo para mi jefe, sino también para mí mismo, porque en mis contactos con ellos les he contado demasiadas cosas de mí. Por ejemplo, que estoy residiendo en Asmara mientras el asunto me vaya dando dinero, pero que en cuanto tenga el suficiente pensaba instalarme en…

—¿En dónde? —sonrió Mabila Ntor.

—Ya hice mal en decírselo a ellos —la miró sonriendo ceñudamente Cary Merton—, así que no voy a decírselo a usted; pero, desde luego, la situación está muy grave para mi jefe y para mí, y para solventarla sólo se me ocurre…

Cary Merton quedó silencioso, y Mabila Ntor se quedó mirándolo. El silencio reflexivo de Merton duró tanto que, finalmente, la bella negrita inquirió:

—¿Qué es lo que se le ocurre, señor Merton?

Éste todavía permaneció silencioso unos segundos. Por fin, hizo una seña a Mabila y señaló acto seguido hacia la puerta.

—Vámonos de aquí. Tenemos que resolver este problema…, y resolverlo rápidamente.

—Bueno, eso es cosa de usted, señor Merton. Por mi parte…

—Usted vendrá conmigo —dijo fríamente Merton—. Y le aconsejo que no discuta.

—Está bien —encogió los hombros Mabila—. Supongo que cuando haya solucionado todo este asunto me entregará la cantidad necesaria para regresar a Saint Louis.

—Por supuesto —asintió Merton.

Llegaron a la puerta, él la abrió, salieron ambos y, sin molestarse en cerrar con llave, el norteamericano dedicado a la trata de blancas procedentes de su propio país, señaló escaleras abajo. Segundos después aparecían en la calle y, tomando de un brazo a Mabila, Cary Merton caminó rápidamente hacia donde tenía estacionado su automóvil.

Cuando partió de allí, las luces de otro coche no muy alejado de donde había estado el de Merton, se encendieron, y el vehículo se apartó de la acera, para partir en pos del de Cary Merton.

Al volante de este coche, robado hacía apenas media hora en la propia Asmara, iba Richard Dickson.

Un Richard Dickson verdaderamente preocupado, porque aunque la idea de Mabila Ntor había sido bastante buena, seguía pensado que no había necesidad de haber arriesgado a la muchacha. El mismo, por el procedimiento de encararse directamente con Cary Merton, podía haber conseguido de éste la información que deseaba respecto a la jefatura de aquella organización.

Pero quizá, a fin de cuentas, Mabila tuviese razón, y ahora Cary Merton, asustado por las informaciones que le había pasado la negrita, se apresurase a ir con ésta al encuentro del jefe de dicha organización, a fin de ponerle al corriente de lo que había sucedido en el Senegal. Es decir, lo que Richard Dickson había planeado que Mabila Ntor le dijese a Cary Merton que había sucedido.

En pocos minutos, el coche que conducía Cary Merton abandonó la ciudad, en dirección al aeropuerto, y naturalmente, detrás del coche de Merton, el que conducía Richard Dickson.

«Va hacia el aeropuerto —pensó éste—. Quizá esté allí el jefe de todo este asunto… ¿Por qué no? Puesto que esta gente dispone de un avión, es muy posible que alguien del aeropuerto de Asmara esté relacionado con ello».

Los pensamientos de Dick Dickson se vieron brusca y brutalmente interrumpidos por un hecho que le escalofrió y le hizo dar tal respingo que, por un instante incluso perdió la dirección del coche.

Estaban ya rodando por la solitaria carretera entre Asmara y el aeropuerto cuando vio claramente, a la luz de la luna, cómo la portezuela derecha del coche de Merton, que había reducido la velocidad, se abría, y un cuerpo era arrojado fuera del vehículo hacia el borde de la carretera. Luego, el coche de Cary Merton aumentó la velocidad rápidamente, prosiguiendo la marcha hacia el aeropuerto.

Richard Dickson no vaciló ni un instante sobre lo que tenía que hacer. Y ello por la sencilla razón de que el cuerpo arrojado fuera del vehículo de Merton solamente podía ser el de Mabila Ntor.

Segundos después detenía el coche a la derecha de la carretera, y saltaba de él. Cuando se arrodilló junto a la muchacha, Richard Dickson estaba pálido como nunca lo había estado en su vida.

Mabila Ntor yacía de bruces en un lado de la cuneta, con la cara

hundida en el polvo y un brazo hacia arriba y otro hacia abajo.

El americano tendió las manos hacia la muchacha, pero se detuvo. Ni siquiera se atrevió a tocarla.

—Mabila… —gimió—. ¡Mabila!

El ojo que podía ver de la muchacha se movió, y el párpado se cerró y abrió varias veces. Luego, la voz temblorosa y susurrante brotó de los labios de la negrita:

—Dick, mi… amor…, mi… amor…

Dickson se tendió en el suelo boca abajo junto a la muchacha, de tal modo que su rostro quedó muy cerca del de ella.

—No hables… —pidió con voz tensa, aguda—. No digas nada, Mabila. Voy ahora mismo a regresar a Asmara en busca de una ambulancia. Ni siquiera me atrevo a tocarte.

—El ha dicho…, ha dicho que…, que no quería dejar… detrás a nadie que…, que supiese tanto como yo… Me ha disparado al vientre con…, con una pistola…

—¡Dios! —exclamó Dick Dickson.

Comprendiendo que dejar a la muchacha herida en aquellas condiciones era condenarla a muerte por hemorragia, Dick Dickson le dio cuidadosamente la vuelta. Habría sido diferente si sólo la hubiesen arrojado del automóvil, en cuyo caso podía haber fracturas y alguna otra cosa que él quizá empeorase moviéndola de cualquiera manera. Pero si Mabila Ntor tenía una herida de bala en el vientre, Dick Dickson sabía perfectamente que lo que había que hacer, y cuanto antes, era impedir la hemorragia.

No habría transcurrido ni siquiera un minuto que estaba dedicado a ello, cuando apareció un coche procedente del aeropuerto. El conductor lo detuvo a la misma altura que el de Dickson, pero al otro lado de la carretera, se apeó y corrió hacia allí.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

Dick Dickson no entendió lo que dijo el hombre, pero éste sí entendió algunas palabras en inglés que pronunció el americano. Y por otra parte, no hacía falta saber ni inglés, ni árabe, ni ningún idioma del mundo para comprender que aquella muchacha estaba gravemente herida, y que necesitaba asistencia médica. Por señas más bien, hizo comprender a Dickson que proseguía el viaje hacia la cercana ciudad, y que regresaría inmediatamente con una

ambulancia. Dick Dickson asintió, y volvió a quedar solo cuando el desconocido partió, efectivamente a toda velocidad, hacia Asmara.

Conteniendo como podía la hemorragia de la muchacha, Dick Dickson pensó en Cary Merton, y en lo que había hecho.

«Lo mataré —se dijo—. Lo mataré como a un cerdo que es, igual que los otros…».

* * *

Pero mientras tanto, en el aeródromo de Asmara, Cary Merton se dirigía hacia su helicóptero, cargando ya con la caja que había recogido en uno de los compartimientos del hangar para aparatos privados. Con esa caja colocada en la parte de atrás del helicóptero, Cary Merton emprendió rápidamente el vuelo, y muy pronto se perdió en la noche…, en su veloz vuelo hacia el mar Rojo.

Desde Asmara hasta el punto del mar Rojo hacia el cual se dirigía, debían haber poco más de ciento cincuenta millas, es decir, que tenía el tiempo suficiente de ir allá, hacer lo que quería hacer, y regresar a Asmara. Una vez en Asmara, ya muy tarde, recogería de su apartamento todas las cosas necesarias para la fuga, y desaparecería definitivamente de aquellos lugares. Quizá había llegado ya el momento de abandonar el negocio.

«Debí recogerlo todo, antes de marcharme del apartamento con la negrita —se dijo Cary Merton—. Pero, en fin, ya no es posible».

En realidad, sí era posible, pero la idea de regresar al apartamento para volver otra vez al aeródromo, y emprender otra vez el vuelo hacia el mar Rojo, le pareció más absurda y con más pérdida de tiempo, en definitiva, que proseguir el vuelo hacia el mar Rojo, donde esperaba encontrar el yate con los clientes de la organización. Es decir, no lo esperaba, sino que estaba completamente convencido de ello, puesto que conocía la exacta posición en que los clientes estaban esperando el momento de ser avisados, para acercarse a la costa de la Arabia Saudita a recoger a las muchachas que irían sustituyendo a las que ya hubiesen caído en desgracia.

«Desde luego, son una gente bien bestia —continuó reflexionando Cary Merton—. Hacen lo que quieren con estas muchachas, y cuando quieren desprenderse de ellas las traen a esta cita en el mar Rojo, donde piensan adquirir unas nuevas, y las otras

las tiran al fondo del mar. No quisiera estar en el pellejo de ninguna de esas muchachas…».

Razonando de este modo tan frío y cínico, Cary Merton continuaba volando, siempre a la máxima velocidad que le permitía el aparato que siempre tenía dispuesto para el momento en que decidiese desaparecer por fin de aquellos lugares.

Tardó casi dos horas en localizar el yate y asegurarse completamente de que era el que le interesaba. Una vez convencido de esto, sonriendo secamente, Cary Merton abrió el paquete que había recogido en su departamento del hangar, y sacó la primera de las pequeñas granadas incendiarias de mano.

«Lo siento, amiguitos —encogió los hombros—. Pero cada cual tiene que cuidar de sus propios intereses y supervivencia».

La primera granada que dejó caer, pasando por encima del yate, no acertó a éste, sino que se hundió inofensivamente en el agua.

Pero la segunda granada sí fue a caer en la cubierta de proa de la magnífica embarcación, de un blanco rutilante. Un blanco que quedó iluminado por el rojo resplandor de la explosión, que provocó una gran llamarada envolvente.

En la cubierta aparecieron, casi en seguida, algunos hombres, pero Cary Merton no era persona que reparase en estos pequeños detalles. Siempre maniobrando el helicóptero con gran habilidad, volvió a pasar por encima del yate, y esta vez dejó caer dos granadas juntas.

La llamarada, lógicamente, fue mucho más fuerte que la anterior… Todavía, después de describir un rápido semicírculo, Cary Merton volvió sobre el yate, y, considerando que aquella clase de material realmente ya no iba a necesitarlo cuando se instalase en su lujosa residencia secreta, para conseguir la cual había estado dedicado a toda clase de sucios negocios, optó por tirar de una vez el resto del paquete con granadas incendiarias sobre el yate.

Y acertó de lleno.

La llamarada fue enorme, tan alta y potente que incluso Merton, que se alejaba rápidamente con el helicóptero, notó el fortísimo impacto de calor, que le dio la impresión de que se chamuscaba un poco sus cejas… Y todavía estaba bastante cerca del yate cuando toda aquella roja bola de fuego estalló aún más violenta, al alcanzar el incendio los depósitos de combustible de la nave.

Por un instante, Cary Merton creyó hallarse en el mismísimo infierno, envuelto en ardiente tono rojo por todas partes. Pero la velocidad del helicóptero le salvó la situación, y en cuestión de segundos se puso a salvo de todo el peligro que pudiese representar las siguientes explosiones en el yate que acababa de destrozar.

—Bueno… —dijo en voz alta, humorísticamente—. No os podéis quejar demasiado, puesto que hasta ahora habéis llevado una vida de lo más regalada, disfrutando de lo mejor del mundo. Y eso, aunque el mundo no estuviese conforme con que vosotros lo disfrutaseis. Así que, amigos míos, los que están a las buenas, también tienen que estar a las malas…

CAPÍTULO IX

Eran casi las tres de la madrugada cuando Cary Merton entró en su apartamento en el 39 de la calle Gerlonan. Naturalmente, antes de decidirse a entrar en el edificio se había asegurado muy bien de que no había peligro alguno.

Sin embargo, las precauciones de Cary Merton resultaron inútiles. O, cuando menos, no supo tomarlas en la medida conveniente.

El hecho cierto fue que, cuando después de cerrar la puerta de su apartamento, cruzó el *living* encendiendo la luz, para dirigirse al pequeño despacho a recoger todo lo que le interesaba, notó de pronto aquella presencia en la salita.

Se volvió rápidamente, y palideció al ver al gigante de rubia barba que, sentado en un sillón y con una pistola en la mano derecha, le contemplaba con los párpados entornados para protegerlos de la recién encendida luz.

—¿Quién es usted? —Casi gritó Merton.

—En principio —dijo con voz sosegada el gigante rubio—, digamos que soy un amigo de Mabila Ntor, la muchacha negra contra la que usted disparó y tiró luego fuera del automóvil.

El rostro de Cary Merton quedó demudado.

—Está bien… —Reaccionó, sin embargo, rápidamente—. Quizá no le guste lo que he hecho con su amiga, pero mi seguridad era prioritaria, ante todo, y tengo la esperanza de que usted sea lo bastante inteligente para comprenderlo, y sacar partido de ello. —¿Qué quiere decir?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó a su vez Cary Merton.

—Richard Dickson. Y no hace falta que le diga que soy norteamericano, como usted… Es decir, soy como usted en cuanto a

nacionalidad, no en cuanto a persona humana.

—Escuche —se acercó Merton a él—, no creo que sea el momento de andarnos con posturas sentimentales o patrioteras. Usted, quizá, quiera vengar la muerte de su amiga. De acuerdo. Pero… ¿realmente prefiere eso a recibir una importante cantidad?

—En primer lugar, Mabila no ha muerto. Ya sé que su intención era matarla, Merton, pero ella está viva. Entiendo que muy grave, pero instalada en un hospital de Asmara, donde harán todo lo posible por salvarla. En cuanto a mí, una vez me he asegurado de que ella quedaba perfectamente bien atendida, he conseguido zafarme de las personas que esperaban una completa información por mi parte, y he venido aquí a esperarle.

—¿Sólo para matarme? —sonrió cínicamente Cary Merton.

—No, sólo para matarle, no. Tal como usted dice, es posible que podamos hacer un trato. Pero no a base de dinero, sino a base de información… Una información a cambio de su vida, Merton.

—¿Qué información?

—Dígame quién, y desde dónde, está dirigiendo esta organización dedicada a transportar flores para los cerdos…

—¿Flores para los…? ¡Oh, bueno! —Casi rió Cary Merton—. Realmente tiene usted razón, Dickson. Esas muchachas eran como flores que nosotros les echábamos a los cerdos; de todas maneras, hay quien opina que incluso los cerdos tienen derecho a las flores.

—Es posible —parpadeó lentamente Dick Dickson—. Yo no voy a decir que los cerdos no tengan derecho a las flores… Pero eso será solamente cuando sepan apreciarlas. Porque ocurre con los cerdos que si usted les echa las más bellas y fragantes flores del mundo, lo único que harán con ellas será devorarlas estúpidamente, cruelmente… Y eso es lo que han estado haciendo unos cuantos cerdos con auténticas flores norteamericanas. ¿No está de acuerdo?

—Sí, ¿por qué no? Realmente, su definición de flores y cerdos es buena. Pero volvamos a nuestro asunto. Si yo le digo quién, desde dónde y cómo dirige todo esto…, ¿me dejará marchar?

—Sí.

—Está bien. El jefe de la organización es Charles Robinson, que es el director de una agencia de viajes instalada en Nueva York, y cuyo nombre es Mundial Happy Travels.

Dick Dickson se quedó mirando fijamente los ojos de Cary

Merton. Éste tenía los ojos grandes, oscuros, y con expresión inteligente… Tan inteligente, tan clara, que fueron para Dick Dickson como una pantalla en la que se estuviese proyectando todo el programa mental de Cary Merton respecto a un futuro muy inmediato.

—Está bien —susurró—. Ahora saque cuidadosamente su pistola, déjela sobre ese sillón y puede marcharse.

—¡Un momento! —exclamó indignado Cary Merton—. Voy a marcharme, pero no antes de recoger unas cosas que tengo en el despacho.

—De acuerdo. Pero antes que nada, haga lo que le he dicho con la pistola.

Merton obedeció, sacando solo con dos dedos, y muy despacio, la pistola. La dejó en el sofá, miró a Dick Dickson, éste asintió con un gesto, y se puso en pie.

—Vamos ahora a su despacho —dijo acercándose a Merton—. No quisiera que tuviese usted alguna broma preparada para mí, Merton.

—No tengo ninguna clase de broma. Lo único que quiero es escapar de Asmara cuanto antes.

—Ya le he dicho que por mí puede hacerlo. Un trato es un trato. Por cierto, ¿ha avisado usted a sus clientes de lo que se les va a venir encima, de un momento a otro?

—Pues… Bueno, realmente no ha sido avisarles lo que he hecho. Más bien digamos que he dejado la cuestión zanjada definitivamente.

Habían llegado al despacho, y Merton se dirigía directamente hacia la mesa, pero Dickson le retuvo, sujetándole por un brazo.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—He querido decir que ya no hay clientes, Dickson.

—¿Los ha matado? —exclamó el rubio gigante—. ¿A todos?

—Dudo mucho que, tal como han sucedido las cosas, haya escapado vivo de aquel yate ni siquiera una rata. O como diría usted, ni siquiera un solo cerdo.

—¿Quiere decir que ya no quedan clientes de la organización de Charles Robinson?

—Ya no. Porque, generalmente, se reúnen todos en los días de… reparto de flores, para celebrarlo durante la noche. Luego, antes del

amanecer, se acercan al yate otros yates, o bien lanchas rápidas, o helicópteros, y con esos aparatos son recogidos sus propietarios, o sea, nuestros clientes, y el lote de… flores que se llevan con ellos.
—Entiendo— murmuró Dick Dickson. —Está bien, recoja sus cosas y márchese.

Cary Merton se sentó ante su mesa, y abrió el cajón central. Cerca de él, como al descuido, Dickson se guardó la pistola en el bolsillo del chaquetón de piel que había pertenecido a Wendell Simpson, y que él se había apropiado antes desenterrarlo. Dick Dickson pareció que no se daba cuenta del destello de triunfo que pasó con la velocidad del relámpago por los inteligentes ojos de Cary Merton.

Éste, tranquilo, sosegado, comenzó a sacar cosas del cajón central de la mesa. Cerró éste, abrió el primero del lado derecho y sacó una carpeta, de la cual, también calmosamente, aunque con habilidad y sin pérdida de tiempo, extrajo más documentos y algunos billetes de Banco americanos. Guardó esta carpeta en el primer cajón, abrió el segundo…

Y cuando Cary Merton sacó la mano derecha de aquel cajón, lo hizo empuñando la otra arma que siempre tenía a su alcance. Un pequeño revólver del 38, con el que comenzó a apuntar a Dick Dickson, gritando triunfalmente:

—¡Puerco de todos los dem…!

¡Crac, crac!, restallaron los dos disparos efectuados por Dick Dickson a través de la piel del chaquetón que había pertenecido a Wendell Simpson.

Pareció que, por el agujereado bolsillo, fuese a producirse la combustión de la prenda, pero no fue así. Sólo brotó un poco de humo…, mientras las dos balas, certeramente dirigidas, se clavaban casi simultáneamente en el pecho de Cary Merton, justo sobre el corazón, empujándole brutalmente y tirándolo, rodando hasta que chocó con la pared que había tras el ligero sillón giratorio.

Quedó allí, encogido, como revuelto, retorcido. Junto a él aparecieron los pies de Richard Dickson, que estuvo unos segundos contemplando el cadáver de un hombre que, como otros que ya habían muerto, sólo merecía también el calificativo de cerdo.

Dick Dickson dejó caer la pistola que había utilizado sobre el cadáver, y musitó:

—Sólo que tú ni esos cerdos volveréis a tener más flores.

EL JUICIO (II)

—Y en definitiva —terminó el presidente del jurado—, creo que de lo que se puede acusar a Richard Dickson es de unas muertes cometidas en África sobre personas como Cary Merton, que intentó matarle. Como Wendell Simpson y Jerry McKinnon, de cuya calaña hemos tenido suficientes definiciones por parte de las muchachas que iban en el avión; de Marius Stolz, que luego ha sido comprobado había estado trabajando como mercenario asesino por el sur de África… Recordemos, por otra parte, que pudiendo haber matado también a Conrad Levine, Dick Dickson se limitó a golpearle, y, lo mismo que había hecho con la doctora Parsons y las otras tres canallitas, lo maniató, y luego, junto con todas las chicas que iban a bordo del avión para ser desembarcadas en Arabia Saudita y luego embarcadas en aquel yate, los entregó a las autoridades de Addis-Abeba, a cuya disposición quedaron todo el grupo de canallas y ésas casi sesenta muchachas que se nos habían llevado de nuestra patria para ser… vendidas a los cerdos.

—En realidad —intervino uno de los miembros del jurado—, todo lo que Richard Dickson hizo fuera de Estados Unidos es cuestión aparte a nuestro juicio, si bien éste tendrá unas repercusiones favorables o desfavorables sobre lo que decida la Interpol respecto a nuestro acusado de hoy día. Por supuesto, si nosotros no le acusamos de nada aquí, es poco probable que sea acusado por otros países, a los que, en cierto modo, tanto a Senegal como a Etiopía, Dick Dickson ha favorecido con su actuación, eliminando toda una serie de… alimañas, por no volver a llamarles cerdos.

—Tiene razón —apoyó otro de los miembros del jurado—. Aquí, sencillamente, se le ha juzgado en su mayor base por la muerte de

la muchacha llamada Mirna Serling, que fue hallada muerta en su apartamento por ingestión de todo un tubo de barbitúricos, y por la paliza atroz que Richard Dickson propinó al tal Charles Robinson, de la Mundial Happy Travels antes de agarrarlo por el pescuezo para entregarlo a las autoridades y entregarse él mismo a fin de explicar todo lo sucedido.

—De acuerdo, de acuerdo —alzó las manos el presidente del jurado—. Richard Dickson casi mató de una paliza a Charles Robinson, el promotor de todo este repugnante negocio que estaba funcionando hacía ya bastante tiempo. Y se puede decir que, debido a su intervención, Mirna Serling ingirió todo el tubo de barbitúricos. Ahora nosotros ya no tenemos que discutir más esto, señores… Lo que nosotros tenemos que decidir es si consideramos a Richard Dickson culpable o inocente, a fin de que salga libre, o bien vaya a dar con sus huesos a la cárcel por toda la vida o el tiempo que el juez estime necesario.

—Está bien… —intervino otro de los miembros del jurado—. Tomemos ya una decisión, señores. ¿Cómo consideramos a Richard Dickson? ¿Culpable o inocente?

* * *

Desde su asiento de acusado, Richard Dickson oyó el sonido de la puerta tras la cual se había retirado el jurado a deliberar. Hasta entonces, había habido un leve rumor en la sala, pero ésta quedó sumida de pronto en el más profundo de los silencios.

Richard Dickson dejó de mirar a Hortense Harrison, y volvió su mirada hacia los miembros del jurado, que iban saliendo para ocupar de nuevo sus puestos.

Una vez que el jurado estuvo colocado en su lugar, apareció el juez, que fue a ocupar también el suyo. El silencio era en verdad notable.

En ese denso silencio se oyó el carraspeo del juez, y luego su voz:

—¿Tiene ya el jurado su veredicto?

El presidente del jurado se puso en pie, y dijo:

—Sí, Su Señoría.

El juez hizo un movimiento afirmativo, miró a Richard Dickson y ordenó:

—Póngase en pie el acusado.

Dick Dickson se puso en pie. Ya no iba sucio, ni barbudo, ni olía a *whisky*… Ya no tenía necesidad de fingirse un aventurero cualquiera sin escrúpulos y capaz de cualquier cosa. Volvía a ser el hombre íntegro, bien vestido y serio, que esperaba con serenidad el veredicto del jurado.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó el juez.

—Inocente —dijo el presidente del jurado.

Pese a los gritos y exclamaciones del público, sobre todo de las muchachas del avión que habían acudido a testificar en favor de Richard Dickson, el juez todavía pudo hacer oír sus golpes de maza, y su voz, indicando:

—El juicio ha terminado. Se levanta la sesión.

Richard Dickson, que estaba aceptando la mano de su abogado, el señor Grovers, la apretaba fuertemente mientras miraba a Hortense Harrison, que corría hacia él apartando como podía a todos los que acudían a felicitar al acusado que, con una sinceridad escalofriante, había ido exponiendo durante aquellos días todo lo que había ocurrido desde que su hermana, a la que se había dado ya por muerta, había desaparecido de su apartamento de Nueva York.

Finalmente, no sin dificultades, Hortense Harrison llegó ante Dickson, se colgó de su cuello y comenzó a besarle, mientras exclamaba:

—¡Dick…, Dick, qué alegría, Dick…!

Richard Dickson se desprendió suavemente de los brazos de la bellísima muchacha, y sonrió afectuosamente.

—Perdóname, Hortense… Y perdonadme todas si no me quedo con vosotras para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí, pero tengo que tomar un avión.

—¿Cómo, un avión? —Palideció Hortense Harrison—. ¿Adónde vas?

—Hortense, lo siento… —Movió la cabeza Dickson—. Pero reconoce que todo te lo has imaginado tú sola, que yo no te he dicho en ningún momento que pudieses esperar de mí… lo que creo que estás esperando. Lo siento de veras, pequeña.

—¿Quieres decir… que te vas… a África?

Dick Dickson asintió con un gesto, besó a Hortense Harrison en

la punta de la nariz y, sin esperar nada más, se apresuró a abandonar la sala.

ESTE ES EL FINAL

Como siempre que se acercaba al poblado de Mgoro, Mabila Ntor sentía deseos de llorar.

De llorar por los recuerdos de dos meses atrás. Recuerdos que, ella lo sabía muy bien, sólo serían eso durante toda su vida: simples recuerdos. Porque la idea de que lo sucedido entonces pudiese influir en adelante en su vida le parecía sencillamente descabellada. Todo lo que le iba a quedar a Mabila Ntor de aquellos días sería una cicatriz en el vientre y unos bellísimos recuerdos de los días pasados con Dick Dickson en la pequeña choza, y luego en el río, o en aquel rayo de sol que penetraba en el bosque de altísimos árboles…

Pero la vida sigue, y Mabila Ntor había decidido tomárselo así. Con una profunda y grandísima tristeza en el fondo, naturalmente, pero comprendiendo que no podía dejarse vencer por esta tristeza y acurrucarse en un rincón dispuesta a morir sin esperar ya nunca nada de lo que la vida pudiera ofrecerle.

Mientras tanto, era ella quien podía ofrecer, como siempre, cosas a los niños del poblado de Mgoro, así que una vez más acudía dispuesta a hacer su reparto de regalos, a hacerse cargo de los problemas de pequeños y de mayores y, en lo posible, buscar soluciones lo más convenientes posible.

Con todos estos pensamientos en su mente, Mabila Ntor llegó finalmente al centro del poblado, salió del coche, cerró la portezuela de éste…, y entonces miró sorprendida a su alrededor.

Sí.

Sólo entonces se dio cuenta de que los niños no acudían corriendo hacia ella, ni la gente hablaba, ni gritaba… No se oía

nada. Sencillamente, alrededor de ella los habitantes del poblado de Mgoro la miraban sonrientes.

—¿Qué pasa? —preguntó Mabila—. ¿Por qué me miráis así? ¿Qué ocurre?

Todo lo que obtuvo como respuesta fue una ampliación de la sonrisa.

Y poco a poco, como si fuese una inyección de calor en un mundo que, hasta entonces, había estado helado, Mabila Ntor creyó que iba comprendiendo el porqué de aquella actitud de sus amigos.

—No… —musitó—. No es posible.

Y sin embargo, de pronto, Mabila Ntor, olvidando que tenía un coche a su disposición, echó a correr hacia el fondo del poblado, hacia la choza que tiempo atrás había estado ocupando el gigante americano de las rubias barbas del cual se había enamorado ella apenas verlo cuando, en aquella ocasión, llegó a Mgoro y le dijeron que tenían allí a un tipo extraño que sólo hacía que beber.

Y mientras ella corría hacia la choza, Dick Dickson salía de ésta llevando una caña de pescar. Volvió la cabeza, vio a la negrita corriendo hacia él y se detuvo.

—¡Dick…! —gritó Mabila—. ¡Dick, Dick!

El americano se detuvo y se volvió hacia la bellísima senegalesa, que llegó corriendo, y, finalmente, se colgó del cuello de él, donde quedó jadeante, mirándole fijamente a los ojos con los suyos desorbitados.

Tan desorbitados, tan expuestos a su mirada, que Richard Dickson vio, o mejor dicho, leyó en ellos todo lo que realmente quería leer en los ojos de una mujer.

—Dick, mi amor… —jadeaba entrecortadamente Mabila Ntor—. Dick, amor mío, yo…

—Tranquilízate —gruñó el americano—. Después de correr es mejor tener la boca cerrada. Yo voy ahora al río a pescar… ¿Quieres acompañarme?

Ni siquiera contestó.

¿Para qué?

A fin de cuentas, si hablaba tardaría más en dominar el jadeo… Y cuanto más tardase en esto, más tardaría en besar con toda su alma al rubio americano de la botella de *whisky*.

FIN

GANE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE . . . .
APELLIDOS. . . . .
CALLE. . . . . .No . . . . .
POBLACION . . . .
PROVINCIA. . . . .
DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA. . . . .
PLAZA O CALLE . . . . .No . . . . .
POBLACION . . . .
PROVINCIA. . . . .



• INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR.

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA





Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…